

Para todos en caleta Recaredo –en la costa chilena– fue un misterio la llegada del señor Tanaka. ¿Mago? ¿Hechicero? ¿Curandero? ¿Jardine-ro imperial? ¿Cómo era que sabía exactamente el día y la hora en que llovería? Todos esos secretos traía en su maleta el extraño señor Tanaka. Pero se guardaba uno para su mayor reto, en febrero del 2010, el que enfrentaría con la ayuda del último prisionero de un circo abandonado.

Sergio Gómez nació en Temuco. En Ediciones SM ha publicado las novelas de la saga del detective juvenil Quique Hache, en la colección El Barco de Vapor. Además, las novelas Yo, simio y Cuarto A, en la colección Gran Angular. Ganó el Premio El Barco de Vapor, en su tercera y séptima versión, respectivamente, con las novelas: El canario polaco y Los increíbles poderes del señor Tanaka.

A PARTIR DE 12 AÑOS



ISBN 978-956-349-244-6



9 789563 492446

PREMIO EL BARCO DE VAPOR - 2012

EL BARCO



DE VAPOR

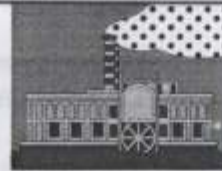
Los increíbles poderes del señor Tanaka

Sergio Gómez



sm

EL BARCO



DE VAPOR

Los increíbles poderes del señor Tanaka

Sergio Gómez

ediciones **sm**

HDB-111

PRIMERA PARTE
TERREMOTO Y MAREMOTO EN LA COSTA

Entre los hechos importantes de 1969 podría destacar dos: un ser humano, el primero, dejó su huella en la luna el 21 de julio de ese año. Aquí en la Tierra, en la costa chilena, casi a la misma hora, el mismo día, un gran temporal de lluvia y fuertes marejadas casi arrasaron con caleta Recaredo.

Debo agregar otro hecho igual de importante: fue la misma semana en que el señor Tanaka llegó a Recaredo.

Durante mucho tiempo fue el único y tal vez el primer extranjero que conocieron los habitantes del pueblo. En un principio creyeron que era chino, luego alguien aclaró que era japonés.

Al principio nadie se atrevía a hablarle porque se asumía, erróneamente, que no entendía nuestro idioma. Pero se dieron cuenta del error. Esto sucedió cuando llegó la televisión al pueblo, y por un hecho que nos gustaba repetir una y otra vez como una broma divertida o como parte de una leyenda local.

El día en cuestión algunos vecinos estaban reunidos en el único restaurante de la caleta frente a un televisor donde transmitían un partido de fútbol del Mundial de Argentina de 1978.

El restaurante "El Pinche" pertenecía a Emilio Pincheira. Hacía muchos años sus dueños, es decir, Emilio y Yolanda, su mujer, levantaron en la entrada del restaurante un cartel que decía: "Restaurante Pincheira". Durante el invierno las letras del apellido "Pincheira" se vinieron abajo con la ventolera de la costa. Primero cayó la segunda "i". En la noche siguiente dos letras más, "r" y "a". Al día siguiente solo se leía en el letrero: "Restaurante Pinche". Intentaron encontrar las letras faltantes, pero el viento las arrastró y nunca pudieron volver a subirlas, así que lo dejaron tal como estaba. Desde entonces lo llamaron de esa forma: restaurante "El Pinche".

Esa tarde en El Pinche encendieron un televisor recién comprado, el único que existía ese año 78 en el pueblo, y vieron ese partido de fútbol donde jugaban equipos que a nadie le interesaba porque en ese mundial, como ocurría frecuentemente, no participaba la selección de nuestro país.

Entonces entró el señor Tanaka. Lo vieron sentarse en una mesa y pedir una taza de té. Pocos

recordaban que antes lo hiciera, tal vez fue aquella la primera vez.

En verano y primavera veían trotar al señor Tanaka por la playa vestido como atleta, y eso sí que les resultaba algo excéntrico porque nadie trotaba en caleta Recaredo, es decir, se sabía que en Santiago la gente lo hacía por los parques o alrededor de un estadio, pero en la caleta o en sus playas nadie practicaba un deporte tan inútil y solitario.

En primavera también lo veían hundirse en el agua y nadar durante horas. Nadaba muy lento, tal como corría, pero lo hacía muy elegantemente, así que daba gusto verlo. Algunos decían que probablemente se ahogaría porque era muy viejo para internarse en el mar, pero, por supuesto, no se ahogó.

El día del partido en la televisión, el señor Tanaka se sentó a tomar su taza de té. De pronto lo vieron ponerse de pie, levantar las dos manos al cielo y gritar:

"Gooooooooooooool".

En ese momento entendieron algo que luego resultó evidente, pero que nadie se tomó la molestia de averiguar en diez años: el señor Tanaka hablaba español.

No faltó, por supuesto, esa noche y al día siguiente, que alguien sugiriera que la palabra "gol"

era universal y que probablemente en Tokio, la capital de Japón, se gritara del mismo modo un gol.

Fue tanta la curiosidad y polémica que dos días después se decidió salir de la duda y finalmente integrar a la comunidad a un vecino como Tanaka, quien vivía a dos kilómetros de distancia, en la playa La Herradura.

Caleta Recaredo en esos años todavía no tenía caminos pavimentados y llegaban muy pocos visitantes o veraneantes. Su aislamiento no duraría mucho, pero en esos años, fines de los setenta, todavía era un problema sin solución.

Dos días después, una comisión presidida por Yolanda de Pincheira, seguida de don Manuel Marín, el profesor del pueblo, y Glorita Mailor, la peluquera, decidió visitar la casa de dos pisos del señor Tanaka en la playa de La Herradura. Los tres creyeron que la mejor forma era presentarse con regalos. Glorita Mailor preparó un brazo de reina con manjar casero y lúcumas. Yolanda le llevó de regalo una cajita con finas bolsas de té porque, según lo que leyó en alguna revista, a los orientales les gustaba tomar el té.

Así, un día al comienzo del invierno de 1978, los tres delegados tocaron la puerta del señor Tanaka.

Pero no he venido a contar exclusivamente lo que sucedió esa tarde de 1978 en que los vecinos de caleta Recaredo llegaron a la casa del señor Tanaka. Más bien quería hablar sobre el señor Tanaka, pero treinta años después, cuando realmente estaba viejo, aunque a él poco se le notaba, o diría, para no ofender a nadie: que se le notaba menos que a otros vecinos de la caleta. Y a otros tampoco se les notaba porque estaban bajo tierra, es decir, muertos después de treinta años.

Poco ocurrió en caleta Recaredo en treinta años. La excepción tuvo una fecha: año 2000. Esa fecha significó un cambio. Para caleta Recaredo fue el inicio del fin como caleta, al menos eso decía Yolanda, quien seguía a cargo del restaurante y la panadería El Pinche, después de que su marido, Emilio Pincheira, falleciera atorado con un cuesco de níspero, uno lo suficientemente grande como para impedirle la respiración. Eso había ocurrido hacía cinco años, desde entonces la señora Yolanda

vivía relativamente feliz, solo amargada por no tener a su Emilio y no tener hijos, aunque en algo ayudaba la visita de sus sobrinos en verano.

Pero algo trascendental sucedió en Recaredo ese año 2000. Y de alguna manera el culpable de aquello fue el señor Tanaka. Desde esa fecha entonces nadie le dirigió la palabra al japonés, culpándolo de la desgracia del pueblo.

Por supuesto, el señor Tanaka, que era oriental, tenía la paciencia propia de esas lejanas latitudes y pudo vivir con esa culpa que le atribuían.

En este momento debería contar qué fue lo que ocurrió en Recaredo para que todos sus habitantes cambiaran de parecer sobre el viejo señor Tanaka, el que antes era adorado por los mismos. Para contarle debo primero relatar lo ocurrido el día en que los vecinos de caleta Recaredo lo visitaron por primera vez en su casa.

Así que me obligo a contar aquello que me propuse callar, es decir, debo regresar al pasado, a esa tarde de día viernes en que la señora Yolanda, junto con el profesor Manuel Marín y la peluquera del pueblo, la señorita Glorita Mailor, golpearon la puerta del señor Tanaka a las 3:15 de la tarde.

3

Cuando el señor Tanaka abrió la puerta de su casa creyeron que realizaría una reverencia, lo que les hubiera parecido muy oriental y adecuado. En cambio, el señor Tanaka solo dijo:

"Adelante".

Como si los esperara y no le sorprendiera la visita de la delegación.

Estaban más o menos advertidos de que hablaba español, así que ninguno de los visitantes se hizo problema, ni trataron de disimular algún atisbo de sorpresa al escucharlo hablar como todos ellos.

Primero le entregaron los regalos.

El señor Tanaka no estaba acostumbrado a recibir a nadie, creyó entonces oportuno preparar té, el mismo que recibió de regalo, junto con rebanar el brazo de reina.

En el interior de la casa de dos pisos los visitantes constataron una sencilla decoración. Destacaba una gran fotografía en la pared que mostraba a Mario Kempes, un jugador de fútbol de la selec-

ción argentina. Y en otra pared, una fotografía de una montaña o un volcán nevado. Más tarde, el profesor Marín instruyó a los demás comentando que se trataba del famosísimo monte Fuji. Por supuesto, ninguno se atrevió a preguntar qué hacía la fotografía del futbolista en la pared; solo Glorita, conocedora de aquel deporte, pudo identificar con certeza al jugador.

Le explicaron entonces que durante años el pueblo, es decir, caleta Recaredo, se portó muy mal con él, pero que desde ahora se comprometían a cambiar esa actitud. Por eso lo invitaban a integrarse a las pocas pero muy esperadas celebraciones que se hacían durante el año, entre las cuales la más importante y la más próxima era la celebración del patrono de los pescadores, San Pedro, un santo que también fue pescador antes de dedicarse a otras cosas más espirituales.

Por su parte, el profesor Marín le pidió acudir a la escuela para conversar con sus alumnos y contarles sobre su país de origen, Japón.

Las dos proposiciones el señor Tanaka las respondió de la siguiente manera.

Sobre acudir a la escuela a hablar de su país, dijo:

"Le agradezco la invitación, pero no tengo mucho qué decir de mi país".

Y sobre la invitación a la celebración de San Pedro en quince días más dijo:

"Me gustaría ir, pero ese día lloverá hasta las cuatro de la tarde y yo quiero cuidar un resfriado que tengo desde hace unas semanas".

Por supuesto, las dos respuestas confundieron a los invitados, pero las dejaron pasar porque se dieron cuenta de que el señor Tanaka era un hombre agradable, de modales elegantes. "Un caballero", dijo después Yolanda de Pincheira. "Y buenmozo", agregó Glorita, que estaba soltera desde hacía demasiado tiempo.

La reunión siguió otra media hora en que bebieron calmadamente el té.

El señor Tanaka les contó una historia sobre las plantas que cultivaba en su jardín, especies medicinales que crecían bien cerca del mar, pues se beneficiaban de la brisa salobre. Esto último impresionó a las visitas.

Luego, cuando los vecinos rememoraron el encuentro, sentados en una mesa de El Pinche, le adjudicaron al señor Tanaka cualidades de viejo curandero oriental, aunque esa era solo una de las hipótesis y conclusiones de la visita.

Otros dijeron que tal vez era un médico titulado de alguna universidad de Tokio. Los menos

propusieron, simplemente, que había sido el jardinero real de Hirohito, el emperador del Japón.

Emilio Pincheira interrogó a los delegados, quiso saber si en algún momento de la visita alguno de ellos le preguntó al japonés a qué se dedicaba. Los aludidos se miraron y permanecieron en silencio. Solo entonces se dieron cuenta, tanto el profesor Marín como Yolanda de Pincheira y Glorita Mailor, la peluquera, que no se les ocurrió preguntar algo así.

En los días siguientes vieron por las mañanas al señor Tanaka en su rutina conocida, es decir, trotando por la playa La Herradura, por la península del Ahorcado y también por la costanera. O comprando sus alimentos en la panadería y en el almacén de las hermanas Zapata, donde adquiría el producto más auténtico de la zona: el arrollado casero, el que hacían las hermanas según una receta antigua y secreta. A ese almacén, y a comprar ese arrollado, llegaban de todas partes de la región.

El día de la procesión de San Pedro y San Pablo, los pescadores de la caleta prepararon sus botes y lanchas, luciéndolas con guirnaldas, flores de papel, serpentinas y globos de cumpleaños, preparándolo todo para el paseo marítimo del santo de yeso que

traían de una parroquia a sesenta kilómetros de la caleta, un ritual que se repetía cada año. Pero entonces, esa madrugada, comenzó un temporal inesperado para esa fecha. El viento hizo imposible el zarpe y la lluvia no se detuvo durante el día entero.

El cura y los habitantes de caleta Recaredo comprendieron que lo más conveniente era realizar la ceremonia religiosa en el gimnasio del pueblo.

Y, tal como lo predijo el señor Tanaka, a las cuatro de la tarde en punto, cesó el viento y la lluvia amainó de pronto.

Entonces se reunieron de urgencia el profesor Marín y Yolanda acompañada de Emilio Pincheira, su marido, y Glorita Mailor. Con sorpresa, y casi en secreto, recordaron la respuesta a la invitación que quince días antes hicieron al señor Tanaka. Los delegados repitieron las mismas palabras del japonés sobre el fuerte temporal que caería en la zona, el que cesaría exactamente a las cuatro de la tarde. Cuando esto efectivamente ocurrió, el profesor Marín, Yolanda, Emilio y Glorita quedaron atónitos. Trataron de elucubrar algunas explicaciones, pero nada se acercaba a algo sensato. No existían pronósticos climáticos con tanta antelación y exactitud. Como lo adelantó Tanaka, la lluvia y la ventolera acabaron ese día a la hora anunciada.

De todas maneras, el grupo de vecinos delegados decidió no decir nada de aquello tan insólito y curioso, y darse un tiempo para pensar qué hacer a continuación con respecto al señor Tanaka.

Ninguno de los anteriores contaba con Glorita Mailor y su peluquería. Desde ese lugar fue que se esparció el rumor. Después de tres días todos en la caleta, y un poco más allá, en otros pueblos costeros, se enteraron de la acertada predicción del señor Tanaka.

Algunos concluyeron lo que sospechaban desde hacía años: el señor Tanaka era un brujo oriental. Otros, en cambio, argumentaron que más bien era un científico que vivía en secreto y que había inventado una máquina para predecir el clima.

La única consecuencia de aquellas habladurías y malos entendidos fue que cada vez que veían al señor Tanaka trotar por la playa, por la costanera y la península, ahora lo saludaban con un:

"Buenos días, señor Tanaka".

Algunos se atrevían a decirle:

"Que le vaya bien en su trote, señor Tanaka".

Nadie osaba a hablarle nada más.

Excepto Óscar Neculñir.

Neculñir era el más viejo de los pescadores de la caleta, uno de los habitantes más antiguos junto

a Emilio Pincheira y a las hermanas Zapata, estas últimas famosas por el arrollado de la zona.

Óscar Neculñir era un hombre que medía dos metros, un gigante, con cinco hijos, todos pescadores. Cuando Neculñir escuchó lo ocurrido en el día de la fiesta de San Pedro y San Pablo y las predicciones del señor Tanaka, permaneció en silencio meditando. Observó la línea del horizonte en el mar, luego meditó otra media hora. Al final se lavó la cara, se peinó y pidió a su mujer su abrigo de guardia marina.

Dijo que regresaría en una hora.

Caminó por la costanera, la península del Ahorcado, recorrió la playa de La Herradura y llegó a tocar la puerta del señor Tanaka.

En ese momento se enteró de quién era o qué hacía realmente en ese lugar el señor Tanaka. Y si fue a él, a Óscar Neculñir, el gigante, a quien le confesó aquello, fue porque nadie más se lo preguntó antes.

Por supuesto que debería contar lo que ocurrió ese día de 1978 en que Óscar Neculñir por fin se enteró del secreto del señor Tanaka. Pero antes debo referirme a lo que ocurrió hace poco, el verano del 2010.

Aquella noche de verano del 2010, el señor Tanaka estaba completamente preparado. En una maleta tenía un cambio de ropa, incluidas sus zapatillas de trotador y un impermeable. También amarró los muebles de su casa con cuerdas y cintas, y aseguró las ventanas clavando maderos cruzados. Además se preparó tres sándwiches de mortadela. Recordaba, y la boca se le hacía agua, los arrollados de las hermanas Zapata, pero en el 2010 las dos hermanas, que siempre fueron muy viejas —nadie las recordaba jóvenes—, ya estaban muertas, y sus fallecimientos se produjeron con solo dos días de diferencia.

Semanas antes de esa noche de verano, el señor Tanaka creyó conveniente llamar a la única persona que todavía era su amigo en la caleta, a quien le

dio instrucciones precisas para que les avisara a los demás lo que se venía. El aviso era sobre todo a los veraneantes, que desde hacía diez años llegaban a la caleta, especialmente a la playa La Herradura, justamente al frente de su casa. Y también, por supuesto, a los habitantes de Recaredo, por quienes sentía verdadera estima, a pesar de que lo despreciaran, injustamente, según él.

Yo era, precisamente, el único amigo que le quedaba.

Fui entonces el encargado de avisar.

Por último, el día sábado se sentó en su sillón preferido, al frente de una ventana que, a la hora del atardecer, tenía la mejor vista de la playa, con la línea del mar y del horizonte muy despejado por delante.

Y eso fue a lo que se dedicó un largo rato: mirar, mientras escuchaba a los veraneantes abajo en la playa. Diez años antes nadie se atrevía a aparecer los veranos por allí, pero ahora, por su culpa, no cesaban de llegar.

Oscureció y se durmió en el sillón.

Sonó que participaba en una maratón muy compleja: debía subir y bajar cerros. A pesar de que las ascensiones no eran su especialidad, de todas formas lograba en el sueño un ritmo de carrera que le impresionaba.

Entonces sobrevino el primer remezón. Fue corto o sirvió solo para despertar al señor Tanaka. Pero enseguida la casa comenzó a temblar, a crujiir y a moverse como si diera vueltas en un carrusel. Le impresionó al señor Tanaka sus ventanas claveteadas durante la semana que se estremecieron violentamente y le pareció que explotarían hacia afuera. La sensación del temblor, dijo después, fue como si sobre su cabeza, a pocos metros, pasara una locomotora y detrás muchos vagones. Después de un siguiente remezón aun más fuerte, el sillón se fue hacia atrás junto con el señor Tanaka, quien quedó mirando a una lámpara en el techo moverse frenéticamente.

El temblor —en realidad era más que un simple temblor— por fin se detuvo. Se levantó del suelo y dijo en voz alta lo que era evidente:

“Terremoto”.

Se limpió la ropa y miró enseguida por la ventana la línea del mar. Como la madrugada estaba despejada, comprobó que nada había cambiado todavía, parecía igual que antes. Los postes y el tendido eléctrico seguían moviéndose. Escuchó, a lo lejos, los gritos, los llantos de los veraneantes que aún quedaban acampando en la playa.

Con tranquilidad y hasta elegancia, el señor

Tanaka levantó su maleta, cerró con llave la puerta de su casa y salió. Aseguró los candados de los patios interiores y caminó unos pasos por el camino, pero enseguida dobló hacia el interior, por detrás, por el camino del cerro, hacia el sector que los vecinos de caleta Recaredo llamaban El Alto. Hacía veinte años se instaló allí una población cuando los habitantes de la caleta se duplicaron. Como a nadie se le ocurrió otro nombre para ese sector arriba del primer cerro, simplemente le llamaron población El Alto.

Se llegaba por escaleras de madera y tierra dura, y no era difícil la ascensión. El señor Tanaka logró la cima en pocos minutos. Por supuesto, en la subida se encontró con los turistas o veraneantes desconcertados por el temblor. O digamos mejor: aterrados. El señor Tanaka, sin levantar la voz, le decía al que quisiera escucharlo:

"Lo más conveniente es que suban a El Alto porque va a entrar el mar".

Cuando los veraneantes de La Herradura escucharon a ese señor delgado y viejísimo, se dijeron entre ellos que tal vez tenía razón. Así que subieron en una procesión ordenada. Llevaban sus carpas, las cocinillas, los flotadores de goma con formas de patos y caimanes verdes. Sus rostros, en todo caso, eran de miedo e incertidumbre por lo que ocurría.

Arriba del cerro los esperaban los vecinos de la población.

Los más viejos al mirar hacia la costa apuntaron que el mar al parecer se alejaba, se recogía.

Por su parte, el señor Tanaka se sentó en el paradero donde llegaban los buses siguiendo una variante de la carretera. En ese refugio esperó tranquilamente con la maleta a su lado, sin molestar a nadie. Estaba conforme con su predicción, la que con seguridad debió alertar a la mayoría de los habitantes del lugar.

Mientras esperaba, el señor Tanaka escuchó de pronto entre los vecinos y veraneantes que vigilaban el mar un largo:

"Huyyyyyyyyyy".

Entonces, desde la altura, vieron entrar el mar. Al contrario de lo que se puede creer no fue una ola gigante, como esas olas para surfear en Hawái, es decir, de muchos metros, sino más baja, pero que parecía no terminar nunca. Al entrar en la tierra arrasó con todo lo que encontró a su paso.

La primera de esas olas llegó más allá de la casa del señor Tanaka en La Herradura, cruzando vegas y el vecindario del plano, hasta internarse en los primeros peldaños de la escalera de subida de El Alto.

Al ver aquello, algunos vecinos lloraban de miedo. Uno dijo:

"Que Dios me perdone por haber robado una gallina hace veinticinco años".

Y otro dijo:

"A mí que me perdone por comer tanto".

Incluso escucharon a una mujer decirle a su marido:

"Te fui infiel con Eleuterio, tu mejor amigo".

Ese tipo de frases desesperadas, muy comunes en momentos como ese. Pero, en general, la mayoría prefirió sacar fotos con sus teléfonos a pesar de la escasa luz de la madrugada.

Llegaron dos columnas más de agua, llenaron la playa y el plano hasta los pies del cerro. El señor Tanaka no quiso ver si su casa resistiría, suspiró y confió que lo haría.

Los vecinos en El Alto comenzaron a organizarse para recibir a los que no regresarían por esa noche a sus hogares. Repartieron frazadas y tazas de café. A los más pequeños los acogieron para que no durmieran a la intemperie.

Por la radio se enteraron de la magnitud del terremoto, el que se extendió por la mayor parte del país. Los que estaban de paso en el lugar se preocuparon y buscaron alternativas para regresar a Santiago o a otras ciudades.

En las siguientes horas y días la tierra siguió moviéndose; cada vez que ocurría se escuchaban otra vez los gritos y las súplicas. Y la frase que más se repetía era:

"Va a pasar, va a pasar".

Hasta que, efectivamente, pasaba el temblor y volvía la calma.

Algunos de los vecinos de ese sector, que poco conocían al señor Tanaka, le dejaron una frazada con la que se cubrió los hombros. Finalmente se estiró en el asiento de madera del paradero y durmió lo que restaba de ese primer día y la noche completa del día siguiente.

Al despertar del primer día vio grupos de gente que conversaban sobre lo ocurrido, otros organizaban las fogatas para entibiarse o calentar leche para los niños. Las radios trasmitían noticias tristes. De todas maneras, el señor Tanaka se sintió satisfecho: su aviso oportuno fue útil a los habitantes de la caleta.

Al segundo día vio a cuatro camionetas que aparecieron por El Alto. En ellas, pintados en los costados, reconoció los letreros del "Circo de Los Armando". Y en la vereda vio a los trabajadores de ese circo que tomaban café y mate.

Cuando el señor Tanaka sintió hambre abrió su maleta y comió su primer sándwich de mortadela

y tomate. Debía guardar los otros por si se prolongaba la espera antes de bajar de vuelta a su casa en el plano. De todas maneras, todavía persistía para él la duda de si la construcción se mantenía en pie o había sido arrastrada por el mar.

Observó finalmente a los circenses subir a sus camionetas y partir hacia el norte.

Días antes, justamente en uno de sus trotes diarios, se encontró con el circo de Los Armando instalado frente a la playa. En esa ocasión no le llamó la atención. Desde hacía años, y todos los veranos, llegaba un circo distinto que se quedaba en el mismo lugar: la vega de La Herradura, un sitio plano, el más cercano a la playa del mismo nombre. Tal vez lo único que le pareció curioso en esa ocasión, cuando trotaba antes de enfilarse hacia la península, fue ver, al costado del circo, una jaula sobre ruedas y en ella a dos viejos leones. Y eso mismo fue lo que recordó cuando vio partir a los circenses en sus camionetas desde la población de El Alto: no llevaban la jaula ni a los animales.

Entonces el señor Tanaka se levantó de su asiento en el paradero, cerró su maleta, miró con preocupación hacia abajo, hacia la playa, hacia las parcelas inundadas, hacia el paisaje triste y arrasado.

Los siguientes días de marzo de 2010 cambiarían para todos, no solo porque caleta Recaredo fue en parte arrasada por un maremoto, sino también porque a muchos, me incluyo, nos cambió la vida que llevábamos, para bien o para mal, no lo sé; todavía no hay tanto tiempo entremedio para sacar mejores, peores o diferentes conclusiones.

Después de dos años desde esa madrugada de miedo y de los días y meses que vinieron a continuación, puedo analizar mejor lo que ocurrió después, y puedo decir que todo acto, por muy pequeño, siempre tiene una consecuencia.

El día 29 de febrero de 2010 el señor Tanaka bajó hasta su casa desde los cerros de El Alto. En su mente tenía una idea, o algo que creía debía hacer de forma urgente.

Algunos de los habitantes de caleta Recaredo permanecieron en los cerros, en carpas provisionarias, con miedo a bajar al plano. La mayoría, desde entonces, comenzó a rehacer su vida. El terremoto

y luego el maremoto se llevó muchas casas, pero en caleta Recaredo nada terrible sucedió, es decir, no se reportaron fallecidos como en otros lugares de la costa. De todas maneras, la destrucción fue total en algunos sectores del poblado. Donde antes se levantaban las casas ahora estaba cubierto de astillas y escombros. Las calles de la caleta se ensuciaron de lodo y desperdicios. Un automóvil, al parecer de un veraneante, quedó arriba de la glorieta de la plaza, permaneció por varios meses allí, y se transformó en un lugar donde la gente se fotografiaba para llevarse un recuerdo.

Pero todo volvió a ponerse en pie. A pesar de que el muelle de atraque de la caleta quedó destruido e inservible.

El señor Tanaka inspeccionó cuidadosamente los daños en la playa de La Herradura, a cien metros de su hogar. El mar entró por la puerta a su casa, recorrió el pasillo y destruyó dos habitaciones, pero salió por la cocina. Dejó fango, algas y cochayuyos. En el segundo piso todo estaba en su lugar, a excepción de una lámpara y un espejo destrozados por el remezón. La casa resistió, volvería a habitarla después de algunas reparaciones menores.

Entonces, y como pocas veces lo hacía, abrió la bodega donde guardaba un viejo automóvil, una camioneta Ford de color rojo con listas blancas.

Echó a andar el motor. Funcionó sin problemas.

Buscó el camino, pero solo encontró barrizales de agua y veredas reventadas. Condujo lenta y cuidadosamente. En la playa no encontró a nadie. Hacía pocos días el lugar estaba lleno de gente, pero ahora no quedaba nadie. Se dio cuenta de que no podría avanzar, entonces dobló hacia el descampado y avanzó con cuidado por las vegas.

Cuando llegó al lugar donde antes vio instalado el circo de Los Armando, constató que no quedaba nada. Los restos de la gran carpa estaban a varios kilómetros. Una parte de la tela cubría el tendido eléctrico y otra colgaba sobre el cerco de una propiedad. Los grandes troncos que utilizaban de soportes estaban en la playa o cayeron al precipicio del lugar que llamaban la Península, por donde antes el señor Tanaka pasaba trotando y meditando.

Hacia el fondo de las vegas se arrinconó la mayor parte de los restos del circo. Lo primero que encontró fue un cerro de sillas de plástico, junto a los tablones de la galería, también un trapecio recubierto de tela, y dos vagones que arrastraban las camionetas de los circenses volcados en una zanja.

La jaula la encontró hundida en el barro, al final de una construcción de piedra que la detuvo

después de que se arrastrara hasta allí; ese sector estaba cubierto de agua y barro, apretado junto a cientos de astillas y basura. En el interior de la jaula vio a un cuerpo que respiraba, pero no parecía un león. El cuerpo estaba cubierto de lodo. La jaula estaba doblada y deformada.

Bajó de su Ford. Amarró una cuerda desde el parachoques de su automóvil hasta el eje central de la jaula. Arrancó el motor y retrocedió. La jaula comenzó a salir del barro. Entonces confirmó que no era una, sino dos jaulas, pero una estaba sobre la otra. La primera se estiró y los ejes de las ruedas se desprendieron rechinando.

Cuando el señor Tanaka regresó a inspeccionar, comprobó que en la segunda jaula uno de los leones estaba muerto, probablemente ahogado. Regresó a la primera jaula: allí el león no se movía, pero respiraba.

En ese momento no supo qué hacer.

La puerta de la jaula estaba doblada y desprendida. El señor Tanaka era oriental, lo dije antes, tenía paciencia y calma oriental, pero sabía que aquel felino, uno de los más grandes de su especie, no era amistoso. Aunque también pensó que se trataba de un león enfermo, probablemente agonizante.

Entonces tomó una decisión importante.

Dejó la puerta de la jaula completamente abierta. Enseguida caminó hacia una poza de agua. Comprobó que no era agua del mar, sino del río o de un canal que pasaba por la vega y que, apozada, se convirtió en agua tibia por el calor del sol. Recogió varios baldes. Cuidadosamente dejó caer el agua en el cuerpo del león. Permaneció una hora completa limpiando aquel cuerpo que parecía muerto o casi muerto. Entonces el león levantó la cabeza, observó al señor Tanaka, pero enseguida, sin fuerzas, volvió a dejarse caer.

Limpió completamente la piel del león y el sol terminó por secarla. Otra vez el señor Tanaka no supo qué más hacer. Entonces, como sucede muchas veces cuando no se sabe qué hacer, prefirió subir a la camioneta y descansar un rato antes de tomar alguna determinación. Tal esfuerzo para un hombre viejo como él significó que se quedara profundamente dormido en el asiento de su Ford rojo.

Otra vez soñó que corría una maratón. Su velocidad y ritmo en el sueño eran muy lentos, aunque de todas maneras pasaba a otros competidores sin esforzarse siquiera, y cada vez que los alcanzaba les decía, después una reverencia oriental:

"Nos vemos en la meta".

Despertó cuando escuchó los ladridos de los perros. Bajó de la Ford y vio al león fuera de la jaula, a varios metros de la camioneta, acorralado en la construcción de piedra, acosado por más de diez perros que amenazaban con atacarlo. El león estaba demasiado débil para defenderse. Resignado tenía la cabeza baja. Intentaba levantarse en sus cuatro patas pero no resistía y volvía a echarse esperando que algo ocurriera o que los perros desistieran.

El señor Tanaka tomó la segunda o tercera decisión trascendental de ese día. Con piedras ahuyentó a los perros. No le resultó fácil. Los perros estaban flacos y hambrientos, y en grupo eran peligrosos, sobre todo porque después del maremoto comenzó a escasear el alimento para ellos.

La jauría de perros se perdió en los cerros. Entonces el león observó al señor Tanaka, esta vez a solo unos metros. Por supuesto, él temblaba. Como he dicho: una cosa era su origen oriental y otra que no comprendiera el riesgo que corría.

Aquel era un león más bien delgado, viejo, su melena era corta, deshilachada, y parte del cuerpo estaba herido con los golpes recibidos en la jaula mientras era arrastrado por las olas. Ambos se observaron sin moverse. El león se

veía enfermo, cerraba constantemente los ojos y luego los abría con esfuerzo. El señor Tanaka retrocedió lentamente. Destrabó la compuerta de la carrocería de su Ford y despejó el camino para que el león entendiera lo que le ofrecía. Se alejó unos pasos y esperó.

El león se movió con lentitud. Cuando estuvo al lado de la puerta de la Ford pareció arrepentirse o considerar que la altura era imposible para él en su condición, aunque fuera de solo un metro. Finalmente saltó a la carrocería casi sin hacer ruido. La vieja Ford se estremeció con el peso.

El señor Tanaka encendió el motor y regresó por el camino hasta su casa. El recorrido lo hizo lentamente, sorteando el agua, el cemento partido y las grandes zanjas.

Abrió los portones de su patio interior, donde cultivaba flores y plantas. Adentro todo estaba destruido, pero se veía aparentemente seco. Destrabó la compuerta trasera de la Ford y dejó que el león decidiera. Mientras tanto entró a su casa. Desde la madrugada del maremoto no tenía electricidad. Probablemente los alimentos del refrigerador estarían descompuestos. Pero al contrario de lo que pensó, la carne solo parecía recién descongelada.

Llenó un enorme balde de agua fresca. Regresó al patio, que él llamaba el "jardín japonés", aunque ahora del jardín no quedaba nada.

El león reposaba debajo de un ñire que se mantenía en pie. El señor Tanaka dejó el agua y la comida a una distancia prudente. Luego cerró con candados el portón y volvió a la casa.

El resto del día lo ocupó limpiando el barro, secando lo que seguía mojado, destrabando los tablones de las ventanas.

Al atardecer observó su jardín desde la cocina. El viejo león seguía allí dormido. Había comido y bebido, y ahora respiraba tranquilo.

Entonces el señor Tanaka recordó que él no había comido y que además estaba cansado. Decidió prepararse una olla de arroz y freír dos huevos; esa fue su cena antes de dormirse.

SEGUNDA PARTE

UN LEÓN PARLANTE

Llenó un enorme calde de agua fresca. Regresó al pozo, que él llamaba el "jardín japonés", una-
que ahora del jardín no quedaba nada.
El león reposaba debajo de un árbol grande y su-
cumbía en pie. El señor Tanaka dejó el agua y la co-
mida a una distancia prudente. Luego se con-

Óscar Neculñir le contó a todo el mundo sobre el encuentro con el señor Tanaka en diciembre de 1978. Al principio nadie le creyó —con algo de razón—, se burlaron, pero luego, por el peso de las evidencias, debieron creerle.

No tengo más remedio entonces que contar de ese encuentro, aunque preferiría seguir con el señor Tanaka en el 2010, cuidando de ese león en su jardín, que él llamaba "El jardín japonés".

En 1978, en esa visita a la casa en La Herradura, Neculñir le explicó al señor Tanaka que él era el jefe de lanchas en la caleta, eso significaba que dirigía al grupo de pescadores de Recaredo. Agregó también que la faena en el mar era compleja, sobre todo en invierno. Los meses más difíciles o los más arriesgados eran los del otoño y del invierno en el mar. Desde que vivía en caleta Recaredo hacía algunos años —Neculñir provenía de más al sur, de la isla de Chiloé—, al menos ocho pescadores habían muerto ahogados o extraviados en el mar.

Salían a laborar muy temprano por la mañana, de pronto cambiaba el clima y, sin la posibilidad de regresar, se hundían y se ahogaban. Eso le explicó Óscar mientras tomaban una taza de té, el que le pareció buenísimo. En realidad el pescador nunca tomó antes ni después un té como el de ese día, y eso fue lo otro que nunca olvidó, lo recordó hasta el día de su muerte, quince años después. Y siempre lo evocaba con las mismas palabras:

"Nunca volví a tomar un té tan exquisito como ese té chino".

Debo insistir en que el señor Tanaka no era chino, sino japonés.

Lo importante de ese día es que el señor Tanaka comprendió lo que el pescador pretendía con esa visita, por eso consideró que debía explicarse y contarle otro de sus secretos, esperando que el pescador se lo contara al resto de la gente en la caleta, asunto que Óscar hizo inmediatamente de regreso a su casa.

Cuando era niño, el señor Tanaka vivía en una isla pequeñita del Japón, una de las islas Amami; era una localidad de pescadores, por eso entendía muy bien la vida de los pescadores de Recaredo. Aunque su padre no era pescador, ni tampoco nadie en su familia lo fue.

El padre del señor Tanaka pilotaba un viejo y pequeño avión comercial que hacía encargos y llevaba, en algunas ocasiones, pasajeros por las islas de los archipiélagos cercanos.

Un día, inesperadamente, al padre le exigieron que se presentara de urgencia en un cuartel militar. Una semana después le ordenaron pilotar un avión de guerra. Al padre del señor Tanaka no se le ocurrió negarse. Japón estaba en guerra, no sabía exactamente por qué, pero debía demostrar que era un patriota y que amaba a su país, aunque lo que realmente amaba era a su pequeña isla.

Muy joven entonces, el señor Tanaka quedó a cargo de su hermana y de su madre, mientras se desarrollaba el conflicto bélico conocido por los historiadores como La Guerra del Pacífico. En Japón existía plena confianza, se creía que nada pasaría y que, finalmente, el Ejército Imperial vencería al enemigo. El mismo señor Tanaka, como era joven e impulsivo por esa época, anhelaba también enlistarse en el ejército, pero dos motivos se lo impidieron: no tenía edad para hacerlo, además era delgado y esmirriado como para la vida militar. Y el segundo motivo, igual de poderoso, era que debía proteger y cuidar a su familia sin su padre en casa. Para sostenerse, la madre,

la hermana y él mismo comenzaron a trabajar en una pequeña faenadora de pescado; de ese modo conocieron la vida de los pescadores.

Pero entonces ocurrió un hecho que cambió su vida y la de su familia.

Un pequeño automóvil llegó hasta su casa a las siete de la mañana al comienzo de la semana. Un hombre, cuyo aspecto y solemnidad nunca olvidó, con un abrigo de cuero con pelo de animal en las solapas, golpeó la puerta de su casa. Llevaba una carta que entregó a la madre. La carta tenía un hermoso sello imperial. Le informaban que el avión de su padre se había extraviado en la avanzada de Guadalcanal en el Pacífico.

Para el señor Tanaka y su familia, aquello fue un dolor muy grande. Desesperado, dos semanas después huyó de su casa creyendo que la única solución era vengar la muerte de su padre.

Se embarcó y llegó al puerto de Kioto, desde donde esperaba que le permitieran ir a la guerra. Entonces ocurrió algo muy extraño, o que el señor Tanaka creyó que era extraño, porque careció de toda explicación lógica.

La casa donde se quedó antes de presentarse en el cuartel era un hogar para estudiantes pobres. Una noche de madrugada, mientras todos

dormían, nadie se percató de un fuerte olor a gas que comenzó a acumularse en la casa. Poco faltó para que Tanaka hubiera muerto intoxicado antes del amanecer, pero antes, a otro estudiante se le ocurrió una idea peor: encendió un fósforo. La casa explotó, quedando destruida por completo. Al principio creyeron que se trataba de un bombardeo enemigo, pero después comprendieron la verdadera causa de la tragedia.

El accidente en la casa de acogida dejó a muchos heridos. El estudiante que encendió el fósforo fue la única víctima mortal. El señor Tanaka recibió, a pocos metros, el impacto de esa explosión. Pero no fue el fuego lo que le hirió gravemente, lo hizo una viga de cemento y fierro del techo de la casa de estudiantes, la que se vino abajo, precisamente sobre la cabeza del señor Tanaka. Él ni siquiera se enteró, o lo hizo, pero varios meses después cuando despertó del coma. Fue un milagro para los médicos y enfermeras del hospital que lo atendían y que creyeron que nunca se recuperaría. Para entonces muchas cosas habían cambiado en la ciudad y en el país. Y también en el mundo.

La guerra había concluido con la rendición de Japón.

También entonces se enteró de una noticia increíble y horrible, la que apenas entendió: al sur del país habían dejado caer dos bombas en dos ciudades importantes, dos bombas que destruyeron completamente las ciudades. Para él fue un golpe tan fuerte como la caída de la pared en su cabeza o la muerte de su padre derribado en su avión.

Durante los siguientes cuatro meses el señor Tanaka estuvo encerrado en una habitación del hospital, completamente aislado y a oscuras, con una venda en los ojos, como exigieron los médicos. La mayor parte del tiempo estaba solo, lo visitaban exclusivamente los doctores y las enfermeras, porque nadie más lo conocía en la ciudad. Desde que había huido de su casa, su madre y su hermana lo creyeron embarcado en altamar y, por supuesto, cuando no tuvieron noticias de él concluyeron que le había ocurrido lo mismo que al padre.

En la oscuridad de esa habitación del hospital apenas le permitían moverse, pero esas mismas limitantes lo hicieron descubrir una peculiaridad: se imaginaba cosas, nada de complejas, cosas muy simples, por ejemplo, se imaginaba cuándo llovería y qué temperatura tendría un día determinado del verano. Entonces se dio cuenta de que aquello que se imaginaba finalmente se cumplía

cuando luego se lo preguntaba a las enfermeras. No eran situaciones importantes las que adivinaba, por ejemplo, no adivinaba el número de la lotería, pero sí asuntos simples, y que generalmente tenían que ver con el clima, las lluvias, la temperatura, los días soleados, brumosos, nada más que eso.

Cuando los médicos comprobaron la exactitud de sus predicciones, vinieron científicos de universidades a investigarlo; también desde el extranjero se interesaron en él. El señor Tanaka, que recién cumplía los quince años de edad, tampoco entendía lo que le ocurría y, por supuesto, no le interesaba que lo trataran como material de estudio.

Solo anhelaba regresar a su isla a cuidar de su madre y de su hermana.

Finalmente, cuando por correo les avisó dónde estaba, sugiriéndoles que lo visitaran en el hospital, el mensajero regresó con una noticia terrible. La madre y la hermana del señor Tanaka, después de que él dejó la casa para embarcarse, decidieron cerrarla y trasladarse a la de la hermana de la madre, la tía Oki. Solo entonces el señor Tanaka comprendió lo ocurrido. La hermana de su madre vivía en la ciudad de Nagasaki.

Las siguientes semanas el señor Tanaka pareció triste y decaído. Autorizado por sus médicos recorría los patios y jardines del hospital sin hablar con nadie.

En esa época también algunos funcionarios, enterados por las enfermeras del hospital, intentaron ofrecerle contratos de trabajo para aprovechar sus habilidades predictivas, pero a esa altura Tanaka se sentía desbastado y deprimido; había perdido a su familia, estaba solo.

Y un año más tarde, completamente recuperado de sus heridas, con un poco más de ánimo, comenzó a trabajar en la ciudad cortando telas industriales. Era un trabajo rutinario y excesivamente monótono. Logró ahorrar dinero y, cinco años después, cuando llegó a la mayoría de edad, decidió dejar su país y recorrer el mundo.

El recorrido le tomó otros diez años, pero de ese viaje prefirió no contar demasiado.

Finalmente, en la década del sesenta, llegó a Chile. Realizó muchas labores: trabajó como estanciero en Puerto Aysén, vendió seguros en la capital, trabajó en un hotel lujoso en La Serena. Por supuesto, seguía con sus predicciones, pero intentaba no incomodar ni menos asustar a nadie con aquello, más bien ayudar de forma anónima o explicando su don como un enredado teorema matemático.

Podía predecir lluvias, temblores y terremotos, podía ser certero con la temperatura de un día de verano o la hora exacta de comienzo y fin de un temporal.

Entonces, un día a fines de los sesenta, llegó hasta caleta Recaredo, casi por casualidad. Le gustó la playa y el sol sobre el horizonte. El paisaje le recordó como nunca antes a su pequeña isla y a su país. Tal vez por eso decidió quedarse unos meses. Esos meses se convirtieron en décadas. Y ahora tenía la firme convicción de que lo enterrarían allí, en el cementerio de caleta Recaredo.

Toda esa historia fue la que le contó el señor Tanaka a Óscar Neculñir esa tarde en que tomaron el té en la casa frente a la playa La Herradura.

Antes de despedirse, el pescador le pidió una predicción, una pequeñita solo para probarlo. El señor Tanaka miró el horizonte. El cielo estaba despejado.

"Domingo cuatro de enero, neblina en la costa. A las doce con veintitrés minutos despeja. Lluvia para el amanecer, a las cinco de la mañana"

Así se despidieron. La predicción tenía al menos un mes de plazo por delante para comprobarse. Fue tiempo suficiente para que Óscar le contara a casi el pueblo entero los detalles de la entrevista y los secretos que logró obtener.

Finalmente todas y cada una de las predicciones se cumplieron. El 4 de enero, caleta Recaredo amaneció incrédula y sorprendida. Y con lluvia.

Sin dimensionar lo que provocó esa predicción, el señor Tanaka siguió su rutina: cultivaba su jardín japonés, trotaba lentamente y meditaba en silencio.

Entonces, a su casa comenzaron a llegar procesiones de pescadores, vecinos y gente importante o sin importancia a preguntarle qué veía por delante. Pero, como ya dije antes, el señor Tanaka solo predecía el clima, cataclismos, mareas altas, eso sí, con una increíble precisión.

Ese invierno no hubo accidentes en el mar y la caleta y los pueblos de la zona le agradecieron al señor Tanaka. Desde ese invierno también lo saludaban con respeto y admiración. Nadie se reía de sus trotes por la playa en las mañanas. Y nadie osaba siquiera llamarlo Tanaka o preguntar su primer nombre, para todos, desde entonces, fue y seguirá siendo el señor Tanaka.

Óscar Neculñir, durante el siguiente invierno, acudió casi diariamente a la casa de La Herradura para preguntarle por el clima en las siguientes semanas. Después lo hicieron otros pescadores y, como se corrió la voz, también vinieron desde

otras localidades. Como eran tantos los que llegaban, el señor Tanaka decidió publicar los días miércoles de cada semana un informe del tiempo en un papel escrito por él mismo. El papel lo clavó en el tronco de un árbol seco a algunos metros de su casa, así logró mantener alejada a las visitas, las que solo se allegaban hasta el letrero y anotaban las predicciones. A veces alguno de los pescadores o vecinos se quedaban con el papel del árbol, entonces debía volver a predecir todo de nuevo.

El cambio que tuvo la gente con respecto al señor Tanaka, de gratitud a rechazo, ocurrió veinte años después. Así ocurre a menudo: el más admirado se transforma en el más odiado. Eso aconteció en el año 2000, año en que caleta Recaredo se volcó en contra de él.

Y es lo que debería contar ahora, es el mejor momento para hacerlo y así aclarar algunas dudas. Aunque debo esperar un poco porque requiero volver al año 2010, al león, al maremoto, al señor Tanaka.

Desde hacía dos semanas el león rescatado del circo de Los Armando vivía en el patio del señor Tanaka, precisamente en el lugar que él llamaba "El jardín japonés". Durante ese tiempo la caleta intentó recuperarse del violento amanecer de febrero.

Llegaron de la televisión a entrevistar a los vecinos, curiosos por saber por qué en caleta Recaredo no hubo víctimas fatales o ni siquiera heridos. Coordinadamente los habitantes, incluso los veraneantes de la temporada, alcanzaron a huir a tiempo a los cerros. Algunos de ellos estuvieron a punto de revelar el secreto, pero al final no lo hicieron. El secreto se guardó muy bien como señal de agradecimiento por parte de los vecinos después de tantos años de rencor contra Tanaka.

Yolanda, la dueña del Pinche, y Glorita, la peluquera, fueron las encargadas de organizar una reunión en el gimnasio techado del pueblo, que convocó a los vecinos más viejos y connotados.

Acordaron agradecerle infinitamente al señor Tanaka lo que hizo por ellos.

También decidieron que el mismo comité, que hacia treinta años lo visitó en su casa por primera vez, lo haría ahora, en el 2010, pero de forma distinta, no por curiosidad, sino para agradecerle y pedirle disculpas por esos años de distanciamiento e ingratitud. Los emisarios se prepararon muy bien para que todo resultara adecuado.

En esos mismos momentos, el señor Tanaka estaba preocupado por recuperar y refaccionar su casa dañada. Aunque lo que realmente le preocupaba era ese viejo león oculto en su patio. Trataba de pensar qué haría con él si no llegaban pronto de vuelta los circenses a reclamarlo. Además, diariamente, gastaba mucho dinero en la carnicería del pueblo para alimentarlo. Los mismos carniceros comenzaron a sospechar por la cantidad de carne que compraba el señor Tanaka. Para evitar sospechas, también visitaba agricultores del interior, a quienes les compraba algunos animales con los que alimentaba al león.

Los pueblerinos también se dieron cuenta del cambio en el comportamiento del señor Tanaka cuando comenzó el otoño. No realizaba su ritual de observar el atardecer en la playa, una de sus principales aficiones, y tampoco lo vieron en su

trote matutino. El asunto lo atribuyeron a los cambios producto de aquel tremendo terremoto, que en realidad cambió las vidas de todos.

Nadie comprendió, y no tenían cómo saberlo, que ahora el señor Tanaka estaba dedicado a observar a aquel león echado bajo un ñire, bostezando, dejando caer la cola para uno u otro lado, espantando a los insectos que se le acercaban.

Para el señor Tanaka el león representaba algo más: tal vez su paciencia, su melancolía o su tranquilidad de bestia sin problemas, resignada a su cautiverio como todos los animales prisioneros.

Las heridas del león aún no cicatrizaban y persistía el peligro de que se infectaran. No conocía a nadie en el pueblo que hiciera de veterinario y lo ayudara. Y tampoco se atrevía a confesar que tenía a un león escondido o refugiado en el patio de su casa.

Una tarde, después de almorzar y de que el león también lo hiciera, tomó una determinación peligrosa.

Entraría al jardín japonés e intentaría limpiar esas heridas con agua oxigenada y motas de algodón. Escogió unas enormes tenazas que utilizaba para atizar el carbón de su cocina, era el instrumento perfecto para mantenerse a distancia de las

¿Cómo llegó el señor Tanaka a enemistarse con todo el pueblo?

Esto ocurrió en los primeros años del nuevo siglo, el XXI. Puedo decir que si hay que fijarlo con un hecho concreto, este coincidió con el arribo a la caleta de una faenadora industrial de pescado.

En ese tiempo todavía el señor Tanaka era respetado por sus acertadas predicciones del clima en la caleta y sus alrededores. A menudo era consultado y, por lo mismo, por considerarlo una autoridad, también lo invitaban a los cumpleaños y a todo tipo de celebraciones. Eran los pescadores los que más se aprovechaban de ese "don" que decía tener. En los bautizos le pedían tocar la frente del bautizado porque traía suerte. Ese tipo de cosas más o menos misteriosas que la gente creía del señor Tanaka. A cambio, los del pueblo lo dejaban desarrollar sus excentricidades, o las que parecían tales, como trotar, porque a nadie en la caleta se le ocurriría cansarse inútilmente corriendo por la arena.

La única actividad deportiva en la caleta la realizaba el equipo de fútbol que los representaba. El equipo tenía un nombre algo flojo o sin originalidad: "Caleta Recaredo Unido". Allí jugaban los pescadores jóvenes. Tampoco se esforzaban demasiado en los encuentros con las localidades vecinas, y durante los entretiempos, por ejemplo, los jugadores aprovechaban de fumar, beber cerveza y conversar.

El señor Tanaka no se perdía esos partidos de fútbol entre las caletas cercanas o contra los pueblos del interior. Los observaba de pie, imperturbable. Después de muchas temporadas, por fin el entrenador del equipo, el profesor Marín, se atrevió a acercarse después de un partido y preguntarle:

"Perdone, señor Tanaka, lo he visto en varias temporadas mirando el juego, ¿es aficionado a este deporte?"

El señor Tanaka pareció al principio sin ganas de responder, pero finalmente dijo:

"Me gusta porque nunca lo he entendido muy bien".

Después de decir tan extraña frase, se retiró sin dejar que el profesor le siguiera preguntando.

Otra de sus excentricidades, según los pescadores, era levantarse muy temprano a mirar el mar, lo mismo que hacía por las tardes. Decían que era

un rito. Incluso sugerían que el señor Tanaka pertenecía a una religión inventada en China. Claro, aquí rectificaban, alguien señalaba que el señor Tanaka no era de nacionalidad china sino japonesa. El del cuento de la religión entonces hacía un gesto como diciendo que daba lo mismo, China o Japón, ¿no hablan el mismo idioma?, remataba el cuentero. Unos respondían que no era así, otros dudaban y nunca resolvían el dilema.

Al fin, sin exigirse demasiado, el señor Tanaka se transformó en una figura misteriosa, pero ampliamente respetada en la zona.

Antes de terminar el siglo lo invitaron a una reunión muy importante. En esa reunión conoció a un empresario de apellido Aldous, recién llegado a la caleta, quien también era un extranjero, cordial, simpático, y que hacía bromas todo el tiempo, las que al escucharla con un acento especial resultaban aun más graciosas, aunque no tanto para el señor Tanaka, pues no las entendía.

Por supuesto, a todos les agradó el señor Aldous, tal vez por lo mismo, porque casi nadie sabía o se imaginaba qué era lo que realmente hacía en la caleta, además de construirse una hermosa casa en un sector distante del pueblo. Y no era una casa cualquiera, sino una tan grande que los del pueblo la bautizaron "El castillo".

La reunión fue convocada por los vecinos más viejos o más importantes, y la presidía Yolanda, la del Pinche, que hacía de presidenta delegada desde que su marido falleciera.

Después de presentar al nuevo vecino, el señor Aldous, Yolanda quiso hacer un anuncio importante: informaba que dejaba la presidencia, diez años en el cargo era casi perpetuarse y eso no lo permitiría, por eso renunciaba de forma indeclinable, es decir, sin discusión posible. Por supuesto, los vecinos reunidos en el gimnasio gritaron al mismo tiempo:

"Nooooooooo".

Pero no sirvió de nada, la decisión estaba tomada. Yolanda quería dedicarse a su restaurante, sobre todo ahora que habían aumentado las visitas de turistas en verano, los que lograban sortear los cerros y los caminos de tierra. Para ellos preparaba platos especiales y los atendía con consideración.

Nada se pudo hacer para que Yolanda cambiara de opinión. Glorita, la peluquera, lloró amargamente porque también ella pertenecía a la directiva, creía entonces que si se iba la presidenta se debía ir la vicepresidenta, es decir, ella. Pero al final fue confirmada en su cargo, con lo que detuvo el llanto y le apareció una gran sonrisa en la cara.

Cuando llegó el momento de elegir al nuevo presidente, el señor Aldous, el recién llegado, pidió la palabra y con acento de vaquero norteamericano de película, dijo:

"En lo poco que llevo en la zona he escuchado hablar maravillas de nuestro vecino, el señor Tanaka, entonces lo propongo a él como nuevo presidente".

Los demás estuvieron de acuerdo enseguida. Solo el señor Tanaka pareció confundido. Pero algo importante aprendió en su país de origen antes de llegar al nuestro: no contradecir la voluntad de los demás. Entonces, cuando le pidieron su parecer, se conformó con hacer una reverencia. Todos entendieron que era una aceptación gustosa a ocupar el cargo.

Más tarde, el señor Tanaka comentó que no sabía cómo llevar de forma adecuada la presidencia recién asumida, pero trataría de hacerlo de la mejor manera posible, sobre todo con la ayuda de Glorita, la peluquera, en quien confiaba plenamente.

Tampoco se dio cuenta en ese momento de las intenciones del señor Aldous al proponerlo en el cargo. Ni siquiera más tarde, cuando comenzó a invitarlo a almorzar a su casa, donde vivía con su

mujer. Aldous no tenía hijos, o los tuvo, pero ya no vivían con él en la casa que los demás llamaban El Castillo.

El señor Tanaka se dio cuenta de que el consultorio o posta de atención médica del pueblo necesitaba ayuda urgente, así que decidió junto a Glorita pensar en una medida, la primera como presidente de la junta de vecinos de la caleta, para mejorar esa posta. Lo pensaron durante semanas y no llegaron a una conclusión. Más bien, Glorita llegó a una que nada tenía que ver con la posta y la ayuda. Su conclusión era que estaba perdidamente enamorada del señor Tanaka.

Una mañana, en su trote diario por las largas playas, las vegas y la caleta, el señor Tanaka tuvo una idea que sinceramente creyó brillante, pero que luego se transformaría en un dolor de cabeza. Se dijo a sí mismo que el único vecino que podría ayudarlo con el nuevo hospital sería el señor Aldous, no porque fuera un hombre demasiado rico, aunque tenía dinero, sino porque era un hombre con experiencia en los negocios y era eso lo que necesitaban en la caleta.

Entonces acudió a su casa un fin de semana, los únicos días en que Aldous estaba en El Castillo, que era como se conocía su "modesta" casa, según

sus palabras. Lo recibió en la terraza con vista al mar, una vista muy hermosa.

El señor Tanaka le explicó el problema, de cómo no encontraba la solución para ayudar a mejorar ese hospital. La mayoría de la gente recibía allí las primeras atenciones, pero debían trasladarla a la ciudad más cercana porque apenas tenían lo básico como para curarla.

Aldous escuchó atentamente. Luego fue en busca de una libreta y tomó apuntes. Entonces dijo algo que desconcertó un poco al japonés:

"Señor Tanaka, mire qué bonita se ve la playa y lo despejado que está el día. Me alegra mucho haber comprado esta propiedad para disfrutar de estos pequeños momentos..."

Entonces el señor Tanaka le precisó:

"De todas maneras, señor Aldous, a las nueve de la noche con cuatro minutos comenzará una leve lluvia que se extenderá hasta mañana domingo pasado el mediodía".

Después de decir aquello se arrepintió. Sus predicciones las prefería ocupar con gente que las necesitara, no quería levantar sospechas o asombros indebidos en otras personas.

Ambos se quedaron en silencio y el señor Aldous no solo no preguntó nada sobre lo que

acababa de escuchar, sino que aprovechó de anotar los datos del señor Tanaka para comprobarlos más tarde, dudando que se cumplieran. Después dijo:

"Es muy cierto, esa posta y la caleta en general necesitan ayuda, señor Tanaka, pero lo que de verdad necesita este lugar para que progrese es abrir caminos y pavimentarlos, es decir, tener mejores accesos; con eso todos los problemas se solucionarán".

El señor Tanaka se quedó pensando en lo que acababa de escuchar. Era cierto, los caminos de acceso a la caleta eran difíciles de atravesar, sobre todo en invierno, cuando el pueblo quedaba aislado.

Aldous continuó:

"En verano llegan algunos a veranear por acá. Imagínese si se llenara este lugar, cómo mejoraría, la gente vendría a gastar su dinero, se abrirían posibilidades de trabajo".

El señor Tanaka afirmó:

"Pero abrir caminos y pavimentarlos significa mucho dinero".

"Hay que pedirlo a la autoridad. Escúcheme, yo tengo contactos, si usted reúne firmas le puedo ofrecer esos contactos para que estudien la posibilidad de hacer los caminos".

Cuando el señor Tanaka salió ese día de la casa de la playa, estaba emocionado. Se lo comentó a Glorita, quien la consideró una estupenda idea, aunque en el estado de enamoramiento de la peluquera lo que dijera el señor Tanaka era adecuado y hasta sublime.

Comenzaron a reunir firmas. Después de un mes tenían lo necesario.

Por primera vez en más de treinta años, el señor Tanaka no siguió su estricta rutina de ejercicios mañaneros y trotes, ni le dedicó horas al cuidado de su jardín. Junto con Glorita se fueron a Santiago. Primero en un automóvil, con el que cruzaron la cordillera de Nahuelbuta. Luego en la carretera subieron a un bus. Y seis horas después llegaron a Santiago.

Esos días fueron distintos en la vida del señor Tanaka; cuando más tarde los recordaba lo hacía con cierto desagrado. Estaba acostumbrado a una vida simple, sin complicaciones.

Esa semana en Santiago se entrevistó con mucha gente, con autoridades y personeros. Nadie se atrevió a preguntarle, para no incomodarlo, sobre su ascendencia japonesa.

Fue una semana intensa. Pero la que más disfrutó fue Glorita. Visitó peluquerías y compró

muchas revistas de mujeres para renovar las de su peluquería, que tenían más de diez años. Juntos visitaron lugares que deseaban conocer, como el zoológico del cerro San Cristóbal, también subieron caminando el cerro Santa Lucía, desde donde vieron la capital, que les pareció inmensa e intimidante.

Una noche en que cenaban, de alguna forma Glorita se atrevió a confesarle sus sentimientos. Entonces el señor Tanaka le habló, tal vez nunca habló tanto como en esa oportunidad. En resumen, le dijo que su corazón no estaba disponible, tal vez no usó esas palabras, pero a mí me suenan adecuadas o cercanas a lo que él realmente le dijo esa noche. Glorita sintió un dolor en el pecho al escucharlo, lo que atribuyó más tarde a una pena de amor. Pero finalmente se conformó.

En los siguientes días de marzo de 2010, el señor Tanaka no se atrevió a acercarse demasiado al jardín japonés a un costado de su casa. Incluso creyó que vivir solo lo había trastornado o que ese golpe que recibió en su cabeza durante su juventud lo estaba afectado en su vejez. Por eso, en la siguiente ocasión en que entró al jardín a dejar la carne molida para su león, lo hizo silbando para no escuchar voces.

Comprobó que sus curaciones dieron buenos resultados, las heridas comenzaban a cicatrizar.

Y cuando otra vez al final escuchó al león decir: "Gracias", después de dejarle la comida, el señor Tanaka simplemente lo atribuyó a su imaginación, al cansancio y a la brisa marina. Y como si no hubiera escuchado nada, silbando, cerró la puerta y se fue a limpiar la casa.

En la tercera ocasión, después de dormir muy poco, se acercó otra vez con la olla del sancochado crudo. Lo dejó cerca del león.

Esta vez el señor Tanaka se sentó en una piedra a algunos metros. Esperó que comiera mientras lo observaba.

Cada cierto tiempo era el león quien le echaba una mirada a Tanaka.

Cuando terminó, el señor Tanaka dijo en voz alta:

"Necesitas comer muchas proteínas para recuperarte".

El león movió la cabeza para uno y otro lado y respondió:

"Me siento mejor, mejor que antes".

Y el señor Tanaka replicó:

"No hay que confiarse".

Y el león dijo:

"Una vez pasamos con los del circo un invierno por esta zona; fue tremendo. Se murieron los dos monos y la avestruz... tal vez la avestruz se murió en el norte, no estoy seguro, la memoria me falla un poco".

Y así siguieron la charla durante una hora, sin hablar nada importante, solo detalles de viajes con los del circo, o del terremoto reciente. El señor Tanaka le relató sus predicciones con los pescadores, y la última de ellas, la que salvó vidas, la del terremoto del mes pasado.

Al final de la charla, el señor Tanaka, un poco más tranquilo, se despidió con una reverencia y salió

del jardín. Se vistió con su ropa deportiva, se calzó sus zapatillas y realizó su trote habitual, recorriendo el camino hacia el norte, una dirección que pocas ocasiones elegía, y para variar un poco su rutina, porque se sentía relativamente feliz o más tranquilo.

En los siguientes días supo, por el propio león, que tenía distintos nombres: César, Rocket, Colmillo, Brutus, y que los ocupó dependiendo de los circos en los que trabajó o era vendido. En el de Los Armando los domadores lo llamaron César, pero no era un nombre que le gustara, sobre todo cuando se enteró de que todos los leones que pasaron anteriormente por el circo de Los Armando tenían el mismo nombre.

Cuando el señor Tanaka le preguntó entonces cómo le gustaría que él le llamara, el león meditó buscando una buena respuesta, era algo que siempre se preguntaba a sí mismo. Le respondió que su nombre preferido era uno extraño en cierto sentido, pero también un nombre que lo representaba: "África". Sabía lo que eso significaba, era el lugar donde probablemente había nacido, aunque, por supuesto, no lo recordaba. Le sucedía como a todos los leones: soñaba algún día regresar a ese lugar.

Entre los domadores o gente del circo se encontró con todo tipo de sujetos, pero también y,

frecuentemente, conoció personas impecables que le explicaron muchas cosas, como su procedencia, y le hablaron de ese gran continente que era África.

Desde ese día, África fue África, al menos para sí mismo, pero no el continente, sino el león que ahora vivía en el jardín del señor Tanaka.

Cuando volvieron a la caleta desde Santiago, en el 2000, el señor Tanaka y Glorita, la peluquera, fueron recibidos como héroes. Las autoridades en la capital parecieron interesadas en las propuestas que les llevaron y los llenaron de papeles y documentos que firmar.

La incertidumbre o las dudas comenzaron un mes después, cuando la caleta se llenó de ingenieros y maquinarias. Nadie dimensionó lo que ocurriría a continuación, por supuesto, menos el señor Tanaka que siempre fue un hombre simple, con el don de predecir temporales y sequías prolongadas, pero que entendía poco lo que ocurría a su alrededor, por eso había pasado los últimos treinta años meditando, trotando y recibiendo una pensión de invalidez que le enviaban desde la embajada del Japón pero poco interesado en su entorno cercano.

Solo Yolanda, que era una mujer inteligente y educada, se dio cuenta de lo que vendría a

continuación. Exigió entrevistarse con el ingeniero jefe que realizaba las obras del camino. De todas maneras, Yolanda estaba encantada con que aparecieran nuevos residentes. Incluso hizo ampliaciones detrás de la panadería e instaló una residencial con veinte camas, la que llamó, por supuesto, Residencial El Pinche.

El ingeniero le confesó a Yolanda lo que era más o menos evidente: construirían un camino asfaltado que uniría la ciudad más cercana con caleta Recaredo. El camino cruzaría la cordillera de la Costa y terminaría con el aislamiento de la caleta.

Yolanda se fue al cementerio a meditar frente a la tumba de su marido Pincheira. Se daba cuenta de lo que eso significaba para ella, era una oportunidad para obtener dinero como comerciante, y a la vez una oportunidad para aquella caleta perdida en los mapas.

Pero también vislumbró —y eso la entristeció— lo que le ocurriría a la mayoría o a los que no estaban preparados para esos grandes cambios.

Y así ocurrió. En los siguientes años el pueblo dobló el número de sus habitantes, la mayoría eran camineros que hacían su trabajo y muchos de ellos finalmente se quedaron a vivir allí. El pueblo en general pareció agradecido por lo que ocurría.

Una tarde, cuando el señor Tanaka trotaba por la orilla del mar hacia el norte, por el lugar que llamaban "El Reventón", justamente porque desde allí se veía las olas reventar contra las rocas, observó hacia el interior, por el camino de asfalto que recién construían, un edificio que no había visto antes. Se acercó y preguntó. Un guardia le dijo que se trataba de una pesquera, es decir, una faenadora de pescado. Y cuando preguntó por los dueños, le dieron el apellido del propietario: el señor Aldous.

Volvió trotando a su casa en la playa La Herradura a una velocidad desacostumbrada para él. Enseguida siguió el trote hasta el pueblo, tenía algo urgente que discutir. Llegó hasta El Pinche y pidió conversar enseguida con Yolanda.

Discutieron el asunto y concluyeron lo que ella presentía desde hacía tiempo: la facilidad para construir esa carretera la gestionó Aldous con el propósito de realizar negocios personales, por eso hizo elegir de delegado al señor Tanaka; de alguna forma lo engañó para lograr lo que buscaba, un lugar donde instalar su fábrica y un camino para hacer más expedito el negocio.

El señor Aldous nunca más apareció por el lugar. A los pocos meses su propiedad, la que llamaban El Castillo, fue vendida. Y la faenadora comenzó su funcionamiento frenético.

Al principio la señora Yolanda trató de tranquilizar a Tanaka. No era tan malo tener caminos y conectar en apenas una hora con la panamericana, de ese modo resolverían muchos problemas. También lograron levantar, casi en el mismo plazo que la carretera, un hospital que sirvió no solo a la caleta sino a toda la zona.

Pero los problemas verdaderos llegaron a continuación.

La faenadora funcionaba con sus propias flotas de barcos, pescaban intensamente, y en pocos meses devastaron el lugar más cercano a la costa. Los pescadores de la caleta de pronto quedaron cesantes. Durante un siglo habían trabajado sin problemas en esas aguas. Incluso en los últimos veinte años el señor Tanaka les ayudó con sus predicciones meteorológicas, pero nunca vaticinó y ni siquiera se imaginó que en pocas semanas todos ellos quedarían sin trabajo.

Desde ese momento, caleta Recaredo no fue la misma sin sus principales habitantes, los pescadores.

Otro cambio importante sobrevino al verano siguiente de inaugurada la carretera. Playas como La Herradura se transformaron en la novedad de la temporada. Miles de veraneantes invadieron la

caleta y sus alrededores. Por supuesto, durante dos meses, se perdió completamente la tranquilidad del lugar. Aquellos veranos al menos sirvieron para que los pescadores sin trabajo lograran ahorrar dinero en nuevas ocupaciones temporales, arrendando sus casas o paseando a los veraneantes en sus botes.

Cuando acabó ese verano comenzaron las recriminaciones entre los habitantes de caleta Recaredo y, finalmente, apuntaron al que consideraron el único culpable: el señor Tanaka. Y un día un grupo furioso y descontento se acercó a su casa con carteles ofensivos. El señor Tanaka prefirió ni asomarse a la ventana y se refugió en su dormitorio, muy avergonzado. Yolanda y Glorita intercedieron en esa ocasión y calmaron los ánimos. Uno de ellos dejó su cartel clavado en el jardín de la casa. Al día siguiente, el señor Tanaka, todavía asustado, se levantó y leyó el cartel:

"No lo queremos acá".

La frase se le hundió en el pecho. Desde ese día entonces solo acudía a comprar provisiones al El Pinche, pero no hablaba con nadie. Siguió su rutina de trotes, de meditación y lecturas, pero completamente aislado.

Durante siete años no habló con nadie.

Bueno, debo decir que yo fui la única excepción.

Al final del siguiente verano, el jefe de los pescadores, que siempre se mantuvo al margen de las protestas contra Tanaka, Óscar Neculñir, falleció en su cama. Siempre soñó que después de muerto echaran su cuerpo al mar, pero nadie tuvo el ánimo para cumplir esa promesa. Neculñir murió con la pena de ver a su caleta desaparecer y a sus colegas pescadores abandonar el pueblo.

Tengo que agregar aquí que Óscar Neculñir era mi abuelo.

Después de la muerte de mi abuelo entonces, los demás pescadores con sus familias comenzaron a abandonar el pueblo, hasta que no quedó ninguno.

La caleta Recaredo pareció una caleta fantasma. Llegaron otros habitantes, la mayoría solo estaba una estación del año, principalmente en verano. En invierno el lugar volvía a estar vacío y algo triste.

Aldous y su faenadora siguieron trabajando en el lugar, explotando en exceso el mar. La fábrica estaba cercada y sus camiones trasladaban desde muelles propios las toneladas de pescados. Durante la noche, cuando los hornos comenzaban a operar, ensuciaban el aire desde sus chimeneas, pero,

además, ensuciaban el agua de los ríos o de las playas cercanas.

Desde entonces el señor Tanaka pareció perderse y olvidarse para los demás. Ninguno de los vecinos, incluso los que no sentían rencor por él, se atrevió a visitarlo o hacerle algún tipo de invitación.

Y, como dije, caleta Recaredo nunca fue la misma desde entonces. Pero así más o menos ocurre en todas partes. No me quejo por ello, solo me entristece, tal vez por mi abuelo y por esos tiempos tan distintos a los actuales.

Nadie más habló con Tanaka. Cuando lo veían en sus trotes, preferían dar vuelta la cara.

Y así podíamos haber seguido hasta el fin de los tiempos con el desprecio del pueblo hacia el japonés. Pero entonces un día me citó a su casa. Era inicio del mes de febrero del 2010. Me dijo que debía darme instrucciones muy precisas, las que debía transmitir a todos los habitantes del pueblo y a cada uno de los veraneantes que acampaban en las playas. Cuando, con curiosidad, quise saber más detalles, solo me dijo:

"Se viene el mar".

TERCERA PARTE

EL SEÑOR T. SE DESPIDE DE USTEDES HASTA
UNA NUEVA OPORTUNIDAD

Bueno, debo decir que por la última vez
Al final del siguiente verano, al lado de los
caseros, que siempre se mantuvo al margen de
protestas contra Tanaka. Como resultado de
en su casa. Siempre está después de
lo echaban en cuerpo al mar, pero nadie
ánimo para cumplir sus promesas. Hicieron
con la pena de

Después de la muerte de mi abuelo, entre
los demás pescadores con sus familias con
nos a abandonar el pueblo, hasta que no
ninguno.

La crisis económica provocó una crisis familiar.
Llegaron otros habitantes, la mayoría solo
una estación del año, principalmente en verano.
En invierno el lugar volvía a estar vacío y
triste.

Aldon y su familia llegaron a trabajar
el lugar, explotando en exceso el mar. La
estaba corriendo y sus canciones tradicionales
mundo porque las corrientes de pescado
se la noche, cuando los barcos comenzaban
recorrían el río desde sus chinchorros.

además, ensuciaban el agua de los ríos y de las
playas cercanas.

Antes, cuando el señor Tanaka quería pescar
y volar para los demás. Ninguno de los vecinos
había que no se iban nunca por él, se había
visto o hecho algún tipo de invasión.

Y, como dije, cuando recuerdo nunca fue la misma
que cuando entonces. Pero así me oí o me oí
en todas partes. No me quise por eso, solo me
triste, tal vez por mi abuelo y por esos tiempos
tan distintos a los actuales.

Desde que hablo con Tanaka. Cuando lo veo
en sus viajes, parecen ser cosas de otra.

Y así podemos haber seguido hasta el fin de
los tiempos con el desarrollo del pueblo hasta el
japones. Pero entonces un día me cité a su casa.
Fue un día frío del mes de febrero del 2010. Me dijo que
yo le había dado instrucciones muy precisas, las que
debía transmitir exactamente a todos los habitantes del pueblo
y a cada uno de los visitantes que acompañaban
a las personas. Cuando, con curiosidad, quise saber
qué me había dicho, solo me dijo:

«No volveré al mar».

Los días
solo
habían
y a nadie
separados.

En los siguientes meses del año 2010, en el jardín japonés del señor Tanaka, continuaron esas extrañas conversaciones entre el dueño de casa y el león del circo. Tanaka se sentía contento de conversar con África, tal vez complacido porque no tenía con quién más hacerlo. Durante muchos años, después de caer en desgracia en el pueblo, no pudo hablar con nadie, y era una de las actividades que, aunque pareciera lo contrario, le resultaba placentera, sobre todo ahora que estaba viejo y que intentaba responderse muchas preguntas de su pasado.

A fines del mes de marzo de 2010, un mes después del maremoto, se presentó por fin en su casa la comisión de vecinos presidida por Yolanda Pincheira y Glorita Mailor. También acudieron otros vecinos, como el profesor Marín, quien desde hacía algunos años estaba jubilado, ocupando su abundante tiempo libre dirigiendo el equipo de fútbol local y escribiendo, según lo que declaraba, novelas policiales sin crímenes ni violencia.

La reunión fue tensa. Los vecinos se sintieron incómodos. Pero el verdadero incómodo era el señor Tanaka, preocupado de que descubrieran que en su patio escondía a un viejo león.

Tomaron el té casi en silencio. Glorita, la peluquera, suspiró al ver la casa, estaba igual como la última vez que estuvo allí, hacía más de ocho años, en el tiempo en que ambos viajaron a Santiago a entrevistarse con las autoridades. Solo notó algo distinto: en una de las paredes destacaba un cuadro o tal vez era una fotografía de un paisaje seco. Cuando ella, tímidamente, preguntó qué es lo que era, el señor Tanaka respondió igual de seco:

"Es la sabana africana".

Nadie se atrevió a preguntar nada más porque la palabra "sabana" les sonaba a la ropa de cama debajo de las frazadas. Solo el profesor Marín entendió que estas sabanas no llevaban tilde y significaban otro asunto diferente, una llanura, una planicie específica.

Finalmente y sin rodeos, Yolanda le expuso la intención del grupo. El propósito principal era agradecerle por ese aviso que permitió asegurar las casas y huir hacia los cerros antes de que el mar entrara. Las pérdidas fueron menores en la caleta y no se registraron ni siquiera heridos. Los

únicos heridos que hubo eran veraneantes que no creyeron en la advertencia porque desconocían los poderes de señor Tanaka.

Por todo aquello le agradecían sinceramente.

El señor Tanaka inclinó la cabeza. Habló intentando que a nadie se le ocurriera mirar por las ventanas interiores de la casa, pues descubrirían a su león. Dijo que siempre estuvo dispuesto a ayudar a la comunidad. Aprovechó la visita para informarles que nunca más haría una predicción, es decir, que no se viera como un acto de desprecio o de soberbia de su parte, pero creía que esa facultad la había perdido, justamente, después del terremoto de hacía un mes.

Luego de decir esto último se levantó y dio por terminada la reunión.

Los vecinos debieron apresurar las tazas de té y despedirse. El ambiente era tenso. La más entristecida resultó Glorita, quien no se resignaba a perder a un amigo como el señor Tanaka.

Y cuando en el pueblo les preguntaron por el resultado de la reunión, respondieron:

"El señor Tanaka ya no es el mismo de antes".

Los inviernos en la costa, encerrados por la cordillera en el oriente, eran extremadamente fríos y lluviosos, por eso el señor Tanaka dejó que África saliera por primera vez del recinto cerrado del jardín japonés y paseara alrededor de la casa, por las extensas vegas aún inundadas.

Luego del primer paseo se fueron a sentar detrás de la casa, donde nadie los viera desde el camino, en un lugar donde el señor Tanaka hizo crecer una parra que daba sombra en el verano, pero que el mar se llevó parcialmente en febrero. El sol calentaba sin exageración ese mes que precede al invierno.

Fue allí donde África le preguntó:

"¿Señor Tanaka, no desearía usted regresar a su tierra de origen alguna vez?".

Era una pregunta difícil, tal vez la pregunta más difícil que le hicieron nunca. Y era difícil porque él se hacía la misma pregunta cada dos noches, pero no se la contestaba de tan difícil que era.

"No creo que vuelva, es decir, no me quedan parientes allá, solo sobrinos, pero que no conozco".

El león reflexionó sobre las palabras del señor Tanaka. No pensaba como él, pero respetaba su opinión porque era un hombre viejo, proporcionalmente casi tanto como él. Entonces comenzó a toser. El ruido que producía era alarmante.

El señor Tanaka lo observó como lo hacen los doctores y tocándose con un dedo la barbilla, dijo:

"Está fea esa tos".

"Me trajeron al circo de Los Armando a morir, señor Tanaka. Los escuché decir que no me quedaban muchos meses de vida, por eso les resultó barato comprarme".

Al escuchar esa confesión el señor Tanaka quedó impresionado, pero no agregó ni preguntó nada. El calor del sol era tan agradable que prefirió permanecer en silencio y disfrutar de ese momento.

Después de media hora, África levantó la cabeza del piso de cemento tibio y dijo:

"¿Quiere saber quién me contó por primera vez acerca del continente de donde vengo, es decir, de mi tierra?".

El señor Tanaka asintió y el león continuó:

"Mucho antes del circo de Los Armando, viví y trabajé, si se puede decir de ese modo, en el circo Bombay. Recorriamos el norte de Chile y el sur del Perú... ahí conocí al profesor Malaquíás Escudo. En el circo lo llamaban el payaso Colorado. Al profesor no le gustaba su nombre de payaso. Nadie, excepto yo, lo llamaba profesor".

Entonces, África, el león del circo rescatado del maremoto, contó la extraña historia del profesor Malaquíás.

El profesor Malaquías Escudo tenía una familia. Vivía en la ciudad de Santiago, en alguna de las calles que caen en la larga avenida Independencia y trabajaba en una escuela del mismo sector. Estaba casado, pero no tenía hijos. Todo estaba bien excepto por un problema, uno que en realidad era un gran problema: el profesor al regresar a su casa pasaba a un bar y bebía sin medirse. Al principio sentía admiración por sí mismo, podía beber alcohol en grandes cantidades sin emborracharse. Por supuesto, era eso lo que él creía. Así, en pocos años, sin darse cuenta, se transformó en un alcohólico.

En una ocasión llegó ebrio a la escuela donde trabajaba y fue despedido inmediatamente por el director. Rápidamente consiguió trabajo en otra escuela, pero con la misma rapidez terminó más o menos en la misma situación.

La mujer del profesor le rogó que fuera a ver a un médico y se tratara el alcoholismo. Lo hizo

y el médico le explicó lo que todos sabían menos él: que era un alcohólico y que debía tratarse. Ese día el profesor Escudo prometió que se recuperaría, que se haría un tratamiento. Cuando llegó a su casa para contarle a su mujer su decisión, ella se había ido para siempre. Le dejó solo los libros, los atlas y los diccionarios, lo único de valor que tenía el profesor.

Después de que lo abandonara su mujer, las consecuencias fueron peores. Durante un mes el profesor Escudo bebió sin control, hasta que fue a dar —él no recordaba nada— a la posta central y luego hospitalizado varias semanas. Los médicos creyeron que se moriría y a punto estuvo.

Cuando salió del hospital estaba delgado, en los huesos. Como no tenía dinero, volvió caminando a su casa, donde no lo esperaba nadie. Durante el trayecto, en un sitio eriazo de Recoleta, encontró un circo, el circo Bombay. Pidió trabajo allí y se lo dieron sin preguntarle nada.

Era un trabajo duro que consistía en desmontar la carpa central y volverla a levantar. Pero como los circenses comprobaron que el profesor estaba delgado y débil, primero le dieron de comer. También le dijeron que si quería seguir con ellos debía trasladarse en la caravana hacia el norte del país.

Al profesor Escudo le pareció una estupenda idea salir de la capital, pues no quería estar más en la ciudad donde se arruinó la vida. De su casa se llevó un diccionario, un atlas y un libro de historia universal.

Los siguientes años trabajó duro en el circo Bombay. No le gustaba hablar demasiado, pero en los circos cuando alguien no quiere hablar o contar sobre su pasado, nadie se lo pregunta. También engordó y se fortaleció físicamente.

Tampoco le preguntaron nada cuando se ofreció para impartir algunas clases a los niños del circo, es decir, a los hijos de los empleados o artistas del circo. La mayoría de los niños quería seguir la profesión de sus padres. Los padres deseaban lo mismo para sus hijos, pero sabían que la vida del circo era difícil. Ese tipo de vida errante no permitía que se educaran correctamente, así que les pareció una buena idea las clases por las mañanas, cuando el circo tenía menos actividad. Tampoco a nadie se le ocurrió molestar preguntando cómo era que Malaquías sabía enseñar.

Uno o dos años después, en la ciudad de Arica, en el norte, uno de los payasos del circo se enfermó y debieron llevarlo al hospital. Allí confesó que antes de ser payaso trabajó en una mina de cobre.

Los médicos le diagnosticaron silicosis, que es una enfermedad grave que afecta a los mineros, y le exigieron jubilarse de su trabajo.

Cuando el circo quedó solo con un payaso estable, buscaron urgente otro que llenara el puesto. Fue así como el profesor Escudo se ofreció, era su oportunidad. Conocía muy bien la rutina de los payasos de tanto verla. Así, en las noches siguientes tuvo su estreno. Sobre la marcha surgió su nombre: payaso Colorado, un nombre que le inventaron pocos minutos antes de salir a actuar cuando se dieron cuenta de que no tenía uno.

El trabajo de payaso le gustó y se sintió satisfecho. También los circenses lo evaluaron bien, lo que le significó ganar un mejor sueldo. Nadie le preguntó de su vida pasada, lo respetaban y hasta lo admiraban. Cada vez que había que resolver algo complejo, por ejemplo, trámites con autoridades municipales, enviaban al profesor porque hablaba mejor.

Tampoco se podía decir que el profesor Escudo era un hombre feliz, pero él creía que estaba pagando sus equivocaciones. Por lo demás, le gustaba la vida del circo y finalmente se acostumbró a ella.

Así, el profesor Escudo envejeció, tal vez no tanto, pero parecía cansado. En ese tiempo llegaron

varios leones al circo. Entre los leones estaba África, pero en esa época tenía otro nombre: Nerón. Era un león tímido, no le gustaba escuchar el látigo del domador, en realidad le perturbaban los ruidos.

Se dieron cuenta entonces que Nerón, uno de los tres leones del circo Bombay, estaba enfermo. Llamaron a un veterinario, quien diagnosticó la enfermedad que sufren los animales en cautiverio, es decir, estrés por su condición de prisionero. Como el domador se preocupaba por sus animales, autorizó a que aislaran a Nerón en una jaula más grande y lo dejaran al margen de la rutina del circo por algún tiempo.

De esa forma Nerón conoció al profesor Escudo.

Después de cada función, el profesor llegaba a la jaula del león y le contaba su vida y repasaba sus equivocaciones. Nerón permanecía en silencio. Hasta que un día el profesor Escudo le dio la oportunidad de hablar. O, más bien, le preguntó si al menos sabía dónde había nacido. Nerón, que muchas veces se lo preguntó, se sintió avergonzado y prefirió decir que no lo sabía y que no le interesaba. El profesor ni siquiera se inmutó cuando lo escuchó hablar como si lo hiciera con un amigo o familiar. De todas maneras, consideró que no era una respuesta adecuada.

A la siguiente noche llegó con sus mapas, atlas y diccionarios y algunas fotografías que consiguió. Le indicó el continente africano en el mapa y le explicó lo que sabía. Probablemente en alguna parte de ese inmenso continente había nacido, le dijo. Fue en esa ocasión en que le sugirió que el nombre más adecuado para él debería ser el nombre de donde venía, es decir, África.

Para el león aquellas charlas con el profesor fueron muy esclarecedoras. Sintió admiración por ese lugar tan distante y tan interesante, pero al mismo tiempo, y se lo expresó al profesor, era inútil siquiera pensar que alguna vez podría volver a visitar la tierra de sus ancestros. El profesor estuvo de acuerdo, probablemente nunca dejaría de ser un león en cautiverio.

De todas maneras, entre África y el profesor Escudo surgió una estrecha amistad.

Una mañana, la caravana del circo llegó muy lejos, a un pueblo en el altiplano chileno. Celebraban allí una fiesta religiosa y mucha gente bajaba de distintos pueblos al evento. El circo aprovechó la oportunidad y llenó todas sus funciones.

El profesor Escudo, un día en que todavía permanecían en ese pueblo, decidió dar un paseo. Recorrió casas de piedra y pircas, hasta que llegó a

una de madera pintada de color amarillo, con los marcos de la ventana de color blanco. Le pareció una casa muy acogedora y diferente en relación a las otras del pueblo. Era la escuela del pueblo. Vio por la ventana las mesitas y las sillas de los alumnos, los mapas, los poemas pegados en las paredes, los recortes, los dibujos.

Al día siguiente, el profesor Escudo llegó otra vez a la escuela. Una profesora, la única que existía, lo recibió y le mostró el lugar. Como era día lunes la escuela estaba en pleno funcionamiento. La profesora sabía de memoria el nombre de sus alumnos y los indicaba mientras recorrían la sala. Algunos eran de nacionalidad boliviana, estudiaban allí porque era la escuela más cercana.

La profesora le contó que acababa de casarse y pronto viajaría a Antofagasta a establecerse definitivamente, estaba preocupada porque todavía nadie llegaba a ocupar su puesto en esa escuela.

Malaquías Escudo se dio cuenta de que era su oportunidad.

En pocos días hizo todos los trámites.

Entonces, cuando acabó esa festividad religiosa, el circo abandonó el pueblo del altiplano, pero el profesor Malaquías Escudo permaneció en el lugar.

Durante el invierno del año del terremoto, en caleta Recaredo nada ocurrió fuera de lo normal, es decir, el frío y la lluvia bajaron como todas las temporadas desde la cordillera de la Costa. Sus habitantes trataron de pasar de la mejor forma esos meses, escondidos en sus casas, quemando leña en sus cocinas y chimeneas, tratando de espantar un poco esos días desagradables que nada permitían, que inmovilizaban.

La excepción, como siempre, era el señor Tanaka, pero en la caleta estaban acostumbrados: lo vieron en sus trotes por las mañanas, sin importar las bajas temperaturas. Cuando un ventarrón surgía del océano y la lluvia se transformaba en temporal, entonces Tanaka permanecía en su casa de la playa de La Herradura, leyendo o haciendo dibujos con un pincel. Nadie sabía ni se imaginaba que en la cocina, el lugar mejor calefaccionado de la casa ese invierno, estaba echado un león africano.

Después de vivir en distintos circos enjaulado,

África nunca pasó un invierno más grato que ese en la casa de la playa de La Herradura. Permanecía el día entero bostezando al lado de la cocina de leña, sin hacer nada. A veces tenía largas conversaciones con el señor Tanaka, pero el resto del tiempo dormía echado entre el cajón de la leñera y una mesa donde comía el señor Tanaka.

Nadie sospechaba lo que ocurría en esa casa.

En dos ocasiones apareció Glorita, la peluquera; tal vez seguía enamorada del señor Tanaka o tal vez sentía remordimiento por abandonarlo y no creer en él esos diez últimos años. La primera vez llegó con una torta de hojas y manjar, la siguiente con un postre de leche asada. El señor Tanaka, más bien por temor a que descubrieran la existencia de África, la despachó rápidamente, agradeciendo apresuradamente los regalos con sus reverencias acostumbradas.

Gloria comprendió o malinterpretó aquello concluyendo que algún rencor sentía el señor Tanaka. Lo mejor, se dijo, era no insistir y no molestarlo más. Tal vez podrían ser amigos, pero no estaban todavía las condiciones.

Entonces ocurrió algo inesperado. El señor Tanaka se enteró cuando compró su ración de pan de la semana.

Ninguno de los vecinos de la caleta le hablaba,

pero ahora nada más que por vergüenza. La mayoría fueron advertidos del maremoto, salvaron sus vidas y sus propiedades por el aviso de Tanaka. Ahora, cuando alguno de ellos lo veía aparecer por el pueblo, le resultaba vergonzoso agradecerle; reconocían, sin decirlo, que durante diez años hablaron muy mal de él, culpándolo de lo ocurrido con los pescadores o de las transformaciones del pueblo.

Cuando el colectivero, de apellido Belmonte, un hombre simpático y alegre, intentó disculparse con Tanaka recibió una respuesta desagradable, según él. Con el propósito de iniciar una conversación, se le ocurrió que lo más conveniente era preguntarle cuándo llovería en la semana. Se lo preguntó recordando sus habilidades predictiva en la fila para comprar el pan.

"No sé cuándo lloverá. Ya no sé nada de eso".

Respondió el señor Tanaka, de mal modo.

Belmonte, el colectivero, se quedó helado y empequeñecido con la respuesta, pidió disculpas y volvió en silencio a su puesto en la fila.

En el mismo lugar fue que Tanaka escuchó a dos vecinos conversando, comentaban de los frecuentes ataques a los gallineros que se produjeron después del terremoto y que aún seguían

por las noches. Los vecinos más cerca del monte tenían miedo, dejaban cerradas las puertas y asegurados los portones. Algunos creían que podía ser un puma hambriento que había bajado de la montaña. Otro vecino confirmó la muerte de sus gansos, de un ternero y de tres gallinas. Otros aportaron con más cifras de animales desaparecidos. Y, por supuesto, no faltó el que dijo que se trataba de un ser diabólico, aunque ese comentario nadie lo creyó.

El señor Tanaka regresó a su casa por el borde costero. Mientras caminaba, pensaba que su león era el único animal que pudo haber hecho lo que contaban los vecinos. Por lo tanto, si la situación seguía, lo descubrirían y tal vez volverían a culparlo a él de lo que ocurría en el pueblo.

Esa noche el señor Tanaka no durmió. Estaba inquieto. Varias veces se levantó de su cama y caminó hasta la cocina, donde encontró al león en el mismo lugar.

África no dormía por las noches, lo hacía durante el día. Tal vez era en esos momentos, pensó el señor Tanaka, cuando él dormía, que el león se iba de cacería y seguía sus instintos al sentirse libre. Tampoco se atrevió a preguntarle, ni a prohibirle que saliera, o a encerrarlo.

Una noche, antes de dormir, se preparó una taza de té y por fin se atrevió a hablarle al león echado en la cocina. Le explicó lo que escuchó en el pueblo, le dijo que le preocupaba la reacción de los habitantes de la caleta.

África bostezó y respondió:

"Reconozco que a veces me imagino cazando; tal vez me acuerdo de haber visto a mis padres hacerlo alguna vez".

Y el señor Tanaka preguntó:

"Es decir, ¿tú no eres quien ataca a esos animales?"

"¿Por qué lo haría?"

"Por instinto".

"¿Por instinto?"

En ese momento el señor Tanaka descubrió que él tampoco sabía de lo qué hablaba y que nunca podría explicarle algo así a un animal.

"Usted, señor Tanaka, me da suficiente comida. No tengo ningún motivo para salir a cazar".

Ambos se quedaron en silencio. El señor Tanaka se recriminó por haber pensado algo así. Se sintió avergonzado por culpar al león. Se imaginó lo mismo que sintieron los pueblerinos al culparlo a él esos diez años pasados.

"¿Y entonces quién crees que hace eso?"

Preguntó Tanaka.

Esa misma noche África salió de la casa y se internó en el cerro para averiguarlo.

5

Subir el cerro le resultó un alivio. Sintió que recobraba sus músculos y hasta recordó el vigor de su juventud. Tal vez se debía al contacto con la naturaleza, con los bosques mojados. Solo en una ocasión, cuando joven, África conoció paisajes similares y experimentó por poco tiempo la libertad.

Recién comenzaban a adiestrarlo, en uno de los tantos circos en que estuvo. Era joven y se sentía fuerte. El circo llegó hasta Puerto Montt, la última ciudad antes de los canales del sur.

Después de algunas funciones, el circo realizó una pequeña gira por los alrededores. Visitaron Ensenada, Puerto Octay, Petrohué. Como era verano se aseguraban buen público, que visitaba la zona como turista.

En un descuido uno de los empleados que limpiaba la jaula de África olvidó cerrarla adecuadamente. El león ni siquiera lo pensó: salió de su encierro y corrió hasta el lugar que creía más adecuado, hacia los cerros cercanos. Su corazón se

aceleró y solo cuando se perdió en la espesura, se detuvo y descansó emocionado. Estaba feliz, radiante y creyó que nunca lo atraparían. Por fin era un león libre.

Ilusamente pensó que a continuación encontraría una manada de leones, formaría una familia y hasta podría dirigir a los suyos con la experiencia de haber vivido entre los hombres. Por supuesto, poco sabía por esa época, pues, como dije, era muy joven.

Durante dos días vagó por una reserva nacional, por bosques de árboles muy altos, ulmos, lingues y alerces. Vio un volcán grande que le sirvió para orientarse mientras se desplazaba, sobre todo por las noches. También animales como cóndores, zorros, pudúes, güiñas y un puma, este último le pareció lo más parecido a su especie, pero cuando trató de acercarse el puma se escabulló asustado.

Por supuesto, África no sabía cómo cazar, nadie se lo enseñó. Esos dos días se sintió feliz de ser un animal libre, pero rápidamente el hambre hizo que su estómago se apretara y le produjera dolor. Intentó cazar pequeños roedores, pero solo capturó a uno viejo y flaco que en algo lo satisfizo.

Al tercer día bajó de los cerros, retrocedió hasta el borde de Ensenada, donde lo capturaron los forestales y lo devolvieron al circo.

Pero nunca olvidó esos tres o cuatro días que permaneció libre.

A veces tenía sueños. Volvía a encontrarse en la reserva nacional, en los bosques lluviosos del sur, entre las quilas y las flores silvestres. Por supuesto, en el sueño no sentía hambre. Nunca más volvió a disfrutar de esa libertad y envejeció recordando su única aventura fuera de la jaula.

Aquella aventura se la relató al señor Tanaka con todos sus detalles. Se sintió triste al recordar su juventud y esa oportunidad perdida. Probablemente no hubiera sobrevivido, le dijo a Tanaka, pero correr libre por los bosques del sur lo marcó para el resto de su vida.

La misma noche en que conversaron sobre los animales que estaban asaltando los gallineros del pueblo, África subió otra vez a los cerros de la zona. El paisaje era levemente parecido al de los bosques de la reserva nacional.

También se dio cuenta de que su cuerpo no era el mismo de antes cuando joven. Quedó exhausto con la ascensión. A pesar de encontrarse a fines del invierno, esa noche en particular no llovía y el frío se retiraba. Entonces África se concentró, olfateó y sus orejas giraron buscando los ruidos nocturnos. Cuando localizó lo que le interesó, avanzó con calma y sigilosamente.

Antes de llegar, los perros se dieron cuenta de su presencia. Se escondían en una hondonada de árboles caídos, a dos kilómetros de la caleta. Eran ocho perros. Se notaban delgados y enfermos. Rodearon al león, ladrando, sorprendidos de encontrar a un animal como África.

Aquellos perros, pensó el león, después de que entrara el mar en febrero pasado, debieron huir a la montaña, perdieron sus casas o nunca más se encontraron con los que les daban de comer. Entonces se unieron y bajaron de los cerros por las noches a comer, sin otra posibilidad de sobrevivir.

Probablemente hubiera sido el final del león si los perros lo atacaban, pero no lo hicieron. De pronto dejaron de ladrar y lo observaron inmóviles. Ninguno se atrevió a acercarse y solo lo estudiaron desde todos los ángulos. África también observó a cada uno de ellos. El que los dirigía era un perro viejo, negro y lanudo, con una mancha blanca en la frente y otra en parte de una oreja. Así siguieron observándose mutuamente un rato más, hasta que el perro de la mancha blanca hizo una señal y todos abandonaron el lugar.

África volvió a la casa del señor Tanaka por la ladera del cerro. Se prometió a sí mismo que no diría nada sobre esos perros hambrientos que robaban para comer.

Desde hace algún tiempo trabajo en el almacén El Pinche. La señora Yolanda me deja ayudarla después de la escuela. Hace cinco años, tal vez cuatro años, escuché el teléfono. Cuando respondí, al otro lado estaba el señor Tanaka. Pero no quería hablar con la señora Yolanda, sino conmigo.

"¿Tú eres el nieto de Óscar Neculñir, el pescador?"

Preguntó y yo lo confirmé.

Me dijo que necesitaba a alguien que le ayudara con las compras. A él le gustaba pasear, pero a veces estaba ocupado. Por supuesto, me imaginé que a esa altura tenía pocas ganas de aparecerse por el pueblo. Estoy hablando de hace más de cinco años, antes del terremoto que definió tantas cosas en nuestras vidas. Me ofreció algún dinero. Poco. A mí me pareció adecuado. Entonces, cuando todavía el pueblo sentía resentimiento hacia él, yo me acercaba a su casa frente a la playa con sus compras. Nuestra relación era muy formal. Pero a

veces, después de algunos meses, pudimos conversar, así fue como me contó algunas de las cosas que escribí anteriormente aquí.

Fue también de esa forma que recibí ese recado urgente a principio de febrero del 2010. Tanaka tuvo un sueño en que el mar entraba por la caleta. Por supuesto, se lo transmití a todo el que quiso escucharlo. Los turistas de ese verano no lo creyeron, no tenían por qué hacerlo; ellos, a diferencia de los habitantes del pueblo, no conocían las habilidades predictivas de Tanaka.

Fue en la primavera del 2010, el último año del señor Tanaka en la playa, cuando él me pidió que comprara varios kilos de carne y se los llevara a su casa. Era extraño, sobre todo por la cantidad exagerada que me encargó. Me recibió en la puerta, me entregó el dinero y luego cerró rápidamente, sin decir nada.

Como no tenía nada más que hacer esa mañana, no regresé enseguida al Pinche. Di una larga vuelta por la playa espantando a las gaviotas y a los cormoranes, que siempre me parecieron aves extrañas y tristes. Parte del paisaje había cambiado después del terremoto y era visible el rastro del maremoto en sectores que ahora parecían basurales de astillas y piedras arrastradas por las aguas.

Caminé por la arena. Eran las primeras semanas de primavera, lo que me pareció adecuado y reponedor después del invierno. Desde la playa vi la casa y al señor Tanaka en su cocina.

Cuando iba de regreso por el camino asfaltado, escuché un ruido en su jardín. Fue por curiosidad tal vez o porque pensé que alguien había entrado sin que se diera cuenta. Abrí lentamente el portón del jardín japonés. Entonces quedé inmóvil, como si me hubiera convertido de pronto en piedra. Vi a un enorme león dispuesto a devorarme. Rugía. Sentí su pésimo aliento y su mirada amenazante. El león se acercó para atacarme. Entonces apareció a mi lado el señor Tanaka. Pero antes de espantarlo y ayudarme a huir, solo le hizo una reverencia. El león, como si aceptara el saludo, se detuvo, movió la cabeza y regresó debajo de un árbol donde se refugiaba del sol de septiembre.

En la terraza de la casa, con una taza de té en las manos, el señor Tanaka me contó la historia de África, de cómo lo encontró semiahogado y herido en su jaula hacía algunos meses, abandonado por los circenses, y de cómo vivió todo ese tiempo con él.

Debí entonces prometerle que no diría nada.

Y eso hice, cumplí mi promesa. Bueno, la cumplí hasta quizás uno o dos meses después.

El señor Tanaka, durante la primavera, habló conmigo en muchas ocasiones. Paseábamos por la playa. Me relató sus más importantes secretos. De todos ellos, por supuesto, me guardo algunos.

A fines de la primavera el señor Tanaka volvió a experimentar uno de sus extraños sueños, de esos que después resultaban ciertos. Por primera vez en muchos años, me dijo, en esos sueños aparecían sus parientes de antes de la guerra, su padre, su hermana. Era un sueño muy agradable, se sentía bien, satisfecho, incluso conversaba con sus parientes, la mayoría de ellos ahora estaban muertos. Esto lo hizo pensar largamente en un significado, pero no llegó a ninguna conclusión.

7

El fin de semana en el que se precipitaron los acontecimientos, coincidió con un llamado urgente del señor Tanaka. Me dijo que no necesitaba comprar nada, pero debía visitarlo lo antes posible porque tenía que contarme algo. Pedí permiso a la señora Yolanda y rápidamente me acerqué a La Herradura.

Cuando llegué, miré sobre el cerco del jardín japonés, aún reposaba en el lugar ese león. A mí no me producía confianza tener un animal en el patio, menos un león.

El señor Tanaka me recibió. Su rostro estaba pálido y más huesudo que nunca. Otra vez había soñado la noche pasada. Uno de "aquellos sueños", me dijo. No me podía contar nada aún, pero debía marcharse, esa era la única conclusión. No sabía si le tomaría mucho tiempo el viaje, pero, en todo caso, yo quedaba con las llaves de la casa para cuidarla en su ausencia. Solo atiné a preguntar:

"¿Y adónde se va, señor Tanaka?"

Él respondió como si la pregunta sobrara y la respuesta fuera obvia:

"A Japón".

Coincidió esa semana de sus preparativos con la llegada otra vez del circo a la caleta Recaredo. No era el circo de Los Armando, pero entre los que venían en el nuevo circo había algunos que estuvieron en el verano y que perdieron parte de sus equipos en el maremoto. El nuevo circo también traía animales, la mayoría felinos tristemente encerrados en jaulas sucias, apretados y depresivos por el encierro. También algunos caballos árabes y muchos chimpancés viejos y llenos de pulgas.

Cuando el domador de aquel circo se dirigió a la carnicería a comprar los huesos sobrantes y las tiras de grasa para sus animales, el carnicero le dijo que esos sobrantes estaban vendidos. El domador, que era el dueño del nuevo circo, se fue meditando de regreso. En las dos ocasiones siguientes en que acudió, ocurrió más o menos lo mismo. Se preguntó quién se llevaba esos huesos sobrantes. Así dio conmigo después de pagarle al carnicero para que le entregara la información. Por supuesto, yo no dije nada y más bien evité hablar con él. Pero entonces el domador me siguió sin que me diera cuenta hasta el patio de la casa del señor Tanaka.

De esa forma, el circense se encontró con el león en la casa de La Herradura.

Rápidamente volvió a la caleta y estampó una denuncia por robo en la tenencia de los carabineros. El domador era uno de los socios del anterior circo de Los Armando, perdió dos leones con el maremoto, pero ahora uno de ellos estaba vivo en el patio de una casa de Recaredo.

Y de esa forma también el pueblo se enteró de lo que ocurría: el señor Tanaka tenía a un león africano en su jardín. A algunos no les pareció extraño, Tanaka siempre los sorprendía con algo nuevo.

Cuando el teniente y un carabinero llegaron a la casa, el señor Tanaka los recibió con una taza de té.

No estaba dispuesto a mentir, así que reconoció enseguida que en su jardín tenía un león, el que rescató dos días después del maremoto, después de encontrarlo casi muerto y abandonado por los circenses. Los carabineros salieron al patio a comprobarlo. Se mostraron algo preocupados porque ninguno de ellos sabía de animales, menos de leones. Efectivamente, encontraron a un león que retozaba debajo de un árbol. Pero no supieron qué hacer a continuación. Tampoco esperaban cargar al león para llevárselo. Simplemente se despidieron del señor Tanaka, quien les hizo una reverencia, y regresaron a la tenencia.

Después de la visita de los carabineros, en pocas horas, la noticia voló y caleta Recaredo se enteró. El rumor, por supuesto, también llegó al circo.

Todos repetían en el pueblo la misma frase:

"Otra locura del señor Tanaka".

Los que no quedaron conformes, por supuesto, fueron los circenses. Acudieron enseguida otra vez a los carabineros, quienes les dijeron que no podían devolverles ese animal si no existían pruebas contundentes de que eran sus dueños. En todo caso, no harían nada porque no estaban preparados para trasladar a un animal salvaje.

El dueño del circo salió furioso de la tenencia y dijo que ellos, los del circo, sí sabían cómo hacerlo, cómo manejar animales salvajes.

Todo se definió ese primer fin de semana del mes de diciembre de 2010.

En la casa de la playa de La Herradura, África se dio cuenta de que algo ocurría. Sigilosamente, para no molestar, se acercó a la casa y encontró al señor Tanaka meditando. En el piso vio una maleta y adivinó que algo cambiaría.

"Me voy de viaje. Regreso a mi país".

Dijo el señor Tanaka.

África movió la cabeza y lanzó un rugido ronco que podía haber significado disgusto, alegría, tristeza, o todo ello.

"¿Qué va a ocurrir conmigo, señor Tanaka?".

"Volvieron los del circo. Reclaman que regreses con ellos. No puedes quedarte aquí. Te cuidarán, se darán cuenta de que estás viejo".

"¿No tengo otra alternativa, señor Tanaka?".

"Ni tú ni yo la tenemos. En tu caso es regresar al circo. En el mío es regresar a mi país".

Después de decir aquello, el señor Tanaka hizo una reverencia, o dejó caer la cabeza.

"Entiendo".

Respondió el león.

Ambos se trasladaron hasta el patio. El día estaba caluroso, pero la brisa que entraba desde el mar hacía que el calor fuera soportable. No se trataba de ese calor pesado que aparecía en el mes de enero. Se sentaron cerca del parrón seco y contemplaron el paisaje, la playa lejana, y el camino que conducía al pueblo.

Entonces el león dijo:

"Estoy viejo, señor Tanaka. Usted y yo tenemos, proporcionalmente, edades similares".

"Puede ser, proporcionalmente, como dices".

"Quiero pedirle un último favor. Sé que estoy abusando de su confianza y de todas las atenciones que me ha dado estos meses, las que agradezco; puedo decir que estos meses para mí han sido muy felices en esta casa".

"Para mí ha sido un honor, sobre todo por nuestras conversaciones".

"Señor Tanaka, lo he pensado mucho. No deseo morir en una jaula, encerrado como prisionero".

Enseguida África movió su escasa melena hacia el cerro y hacia la cordillera de la Costa. El señor Tanaka comprendió lo que deseaba. Observó el fondo de su patio, donde comenzaban los primeros cerros, sus senderos, los árboles ralos y los matorrales. Permanecieron de ese modo varios minutos, en silencio, reflexionando qué harían a continuación.

Cuando en el pueblo Yolanda, viuda de Pincheira, se enteró de lo que ocurría, de los reclamos del dueño del circo, también tomó una decisión. Citó con urgencia a los miembros del Concejo Municipal. Agregó a Glorita, la peluquera, y al retirado profesor Marín. Todos ellos se dirigieron a la carpa, al sur del pueblo.

Le informaron al dueño del circo que no les prohibirían que se instalaran y trabajaran allí, pero que el Concejo ocuparía todas sus influencias para que nadie acudiera a ninguna de las funciones. Lo mejor para ellos entonces era que abandonaran la caleta porque no eran bienvenidos.

Cuando el Concejo se marchó, el dueño del

circo dio órdenes de abandonar caleta Recaredo y no volver nunca más a ese lugar.

Pero no se irían con las manos vacías, antes pasarían a buscar algo que consideraban les pertenecía: un viejo león.

De lo anterior se enteró Belmonte, el colectivo. Lo escuchó en una conversación mientras trasladaba al terminal de buses a dos mujeres del circo que viajarían a una ciudad cercana a preparar el próximo arribo. Apenas dejó a las mujeres, Belmonte me fue a avisar. Agregó que era el momento de agradecer al señor Tanaka lo que hizo por la caleta el verano recién pasado.

Nos trasladamos a su taller, donde tenía la flota de sus taxis. En realidad eran solo dos automóviles y una camioneta. Me entregó las llaves de esta última, podía ayudar con ello al japonés y a su "mascota". Después de decir eso se rió de su ocurrencia.

Conduje aceleradamente. Cuando pasé por el sector donde estaba instalado el circo, vi a los hombres desarmando la carpa gigante. Calculé que por la madrugada, o muy temprano al día siguiente, se irían y de pasada exigirían que les devolvieran al león.

Comenzaba a caer la tarde cuando llegué a la casa de La Herradura. Traté de contarle lo que

sabía con todos los detalles. Al contrario de lo que esperaba, el señor Tanaka pareció muy tranquilo. En los siguientes minutos me explicó lo que haría a continuación.

Poco después, el señor Tanaka abrió la puerta del jardín japonés. África salió. Juntos caminaron lentamente, de espalda a la playa y al mar. Ambos eran viejos, pero tenían ese ritmo sabio al caminar, el mismo que le atribuían al japonés cuando trotaba, un ritmo que daba tranquilidad observar, un ritmo tan especial que algunos le llamaban "el ritmo Tanaka", el que parecía decir que todo estaba bien, que todo se podía arreglar, que no había de qué preocuparse o exagerar, que todo tiene solución si se busca la solución; algo así me imaginaba que transmitía.

Avanzaron hasta el fondo del patio y cruzaron un alambrado. Desde ahí el sendero comenzaba a inclinarse. Entonces el señor Tanaka se detuvo. El león dio varias vueltas alrededor, movió la cabeza —que interpretamos como una despedida— y siguió subiendo por ese sendero que conducía a los primeros cerros y a la cordillera de la Costa. Pero no lo vimos más, porque casi enseguida se apartó de la huella y se perdió entre los árboles.

El señor Tanaka regresó al patio de la casa. Su-

bió a la camioneta. Cargaba su maleta y llevaba un antiguo sombrero, de esos que nadie usa ahora.

Desde la ventana de la camioneta le dio una mirada rápida a su casa y una más prolongada a la playa. Solo pareció emocionarse verdaderamente cuando observó el mar, me imagino que era porque se trataba del mismo mar que había visto en los últimos cuarenta años.

Me dio las últimas instrucciones, una de las cuales era entregarle a Glorita, la peluquera, un gran rollo de papel.

No quería tener complicaciones con los circenses, así que me pidió que lo dejara en el próximo pueblo, donde se subiría a un bus sin que nadie se enterara.

Durante esos cuarenta minutos que duró el viaje lo pensé y estaba preparado, por eso, cuando bajamos de la camioneta y él se despidió de mí con una reverencia, yo sabía lo que debía hacer a continuación: exactamente lo mismo, otra reverencia.

Desde que partió el señor Tanaka llevándose sus secretos, en el pueblo inventaron muchas historias sobre él, incluso más de las que tenía previamente. Yo me río de muchas de esas habladurías porque parecen absurdas, sin sentido, pero por otra parte también las acepto porque demuestran que a todos nos interesó alguna vez ese hombre viejo, delgado como un tallarín, el que a la mínima señal realizaba su reverencia tan característica, o al que veíamos trotando por la costanera con un ritmo lento y constante, un ritmo que desde entonces conocimos como el "ritmo Tanaka", es decir, un ritmo sabio, si es que existe algo así.

Si me acordé del señor Tanaka precisamente esta mañana fue porque hemos ido a despedir a Glorita Mailor al terminal de buses de la caleta. Estábamos la mayoría, o los que nos conocemos y llevamos más tiempo aquí: el profesor Marín, la señora Yolanda, Belmonte y algunos más. Hemos ido a dejarla. En el terminal la banda de la escuela le tocó un

pasodoble —su preferido— antes de que subiera al bus. Gloria se va definitivamente a vivir a Santiago. Con sus ahorros abrirá una peluquería y tal vez consiga, a pesar de su edad, un novio.

El señor Tanaka me encargó una misión que solo debía cumplir cuando él no estuviera: debía entregarle a la peluquera un rollo de papel de tamaño considerable. Cuando ella desató la cinta que lo sujetaba, pudo ver en el papel un largo poema, con versos y dibujos flotantes. Glorita se emocionó. Tiendo a pensar, aunque puedo equivocarme, que ese regalo le ayudó a tomar la decisión de dejar la caleta y probar suerte en la capital.

Finalmente, el profesor Marín y la señora Yolanda se enamoraron. Ella dijo que nunca olvidaría a su marido fallecido, pero era hora de acabar con la viudez. Decidieron que juntos levantarían un nuevo restaurante a la orilla de la playa. Ambos recordaban al fallecido señor Pincheira, apellido del que surgió antes el nombre del antiguo restaurante y panadería El Pinche. Para la nueva vida que comenzaban, el nombre de su nuevo local debía ser otro. "El Mar", así lo llamaron. Luego alguien dijo que en realidad se parecía al anterior porque era una parte del apellido del exprofesor Marín. En realidad el principal motivo era que la calle más

importante, la población más grande y el vecino más especial de la caleta era el extenso océano que teníamos adelante, el que respetábamos, temíamos y queríamos.

En el mes de enero de 2011, en plena temporada de verano en la caleta, llegó un equipo de la televisión. Buscaban historias que contar para conmemorar un año del maremoto de febrero del 2010. Habían escuchado la historia de un extranjero —no sabían su nacionalidad exacta— que predecía los terremotos, y también la de un león de un circo rescatado y que casi murió ahogado cuando el agua inundó el pueblo. Pero nadie en el pueblo les dio ninguna información, o la que recibieron era contradictoria y tan insólita que debieron regresar sin nada.

¿Qué ocurrió con el señor Tanaka? Nadie lo sabía y creo que deberemos esperar mucho tiempo para saberlo. Me puedo imaginar algunas cosas, incluso todavía tengo algunos de sus secretos que contar, pero me abstengo de hacerlo por el momento.

Uno de esos secretos ahora puedo deducirlo. No solo fui yo quien lo dedujo, sino muchos en el pueblo, partiendo por la señora Yolanda y el profesor Marín.

Una mañana de marzo de 2011 me dejaron sobre el mostrador donde trabajo para ellos, y sin decir una palabra, el diario. Allí aparecía una noticia terrible y desconcertante: el día anterior, en Japón, un terremoto de gran intensidad había estremecido el país, seguido por un terrible maremoto.

Ninguno de los tres agregó o dijo nada. Tampoco lo hizo Belmonte cuando un momento después leyó el diario junto a otros vecinos que aparecieron esa mañana.

Todos pensamos lo mismo, supongo. Y cuando lo volvimos a pensar nos alegramos, es decir, nos imaginamos que el viaje del señor Tanaka a su país tuvo un propósito. Alguien o muchos, a miles de kilómetros de distancia, consiguieron salvarse gracias a él.

Por estos días entonces, cada vez que Belmonte me encuentra se ríe conmigo y me golpea la espalda pidiéndome que le cuente otro secreto del señor Tanaka. Yo le respondo que se lo contaré, que lo haré al día siguiente o el próximo fin de semana. Entonces, cuando llega ese día, no digo nada o cambio el tema de la conversación.